BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

MI ROBOT, MI CHICA Y YO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



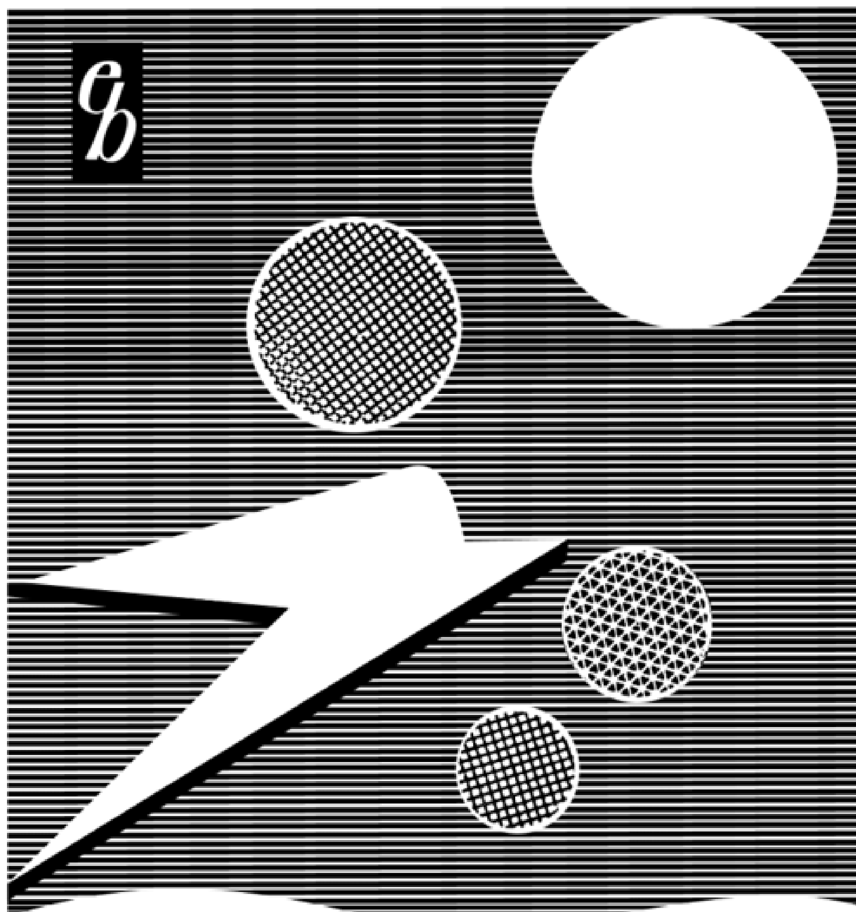
BOLSILIBROS BRUGUERA
CIENCIA FICCION
SERIE
la conquista DEL ESPACIO

MI ROBOT, MI CHICA Y YO

glenn parrish

CIENCIA FICCION





ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

195 - Las esporas malignas - *Ralph Barby*

196 - Las cloacas - *Curtis Garland*

197 - Los últimos marcianos - *Glenn Parrish*

198 - Las Lunas de Thorgan - *Curtis Garland*

199 - El soplo maldito - *J. Chandley*

GLENN PARRISH

MI ROBOT, MI CHICA Y YO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 200

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS – MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

El reportaje que leía, me pareció interesantísimo.

Tratábase del relato de una expedición arqueológica financiada, organizada y dirigida por Venus Worm-Greeg.

Resultaba irónicamente contrastante: la organizadora de la expedición se llamaba Venus y el planeta en donde había sido efectuada era Marte.

El viaje se hizo con fines arqueológicos, para aumentar el acervo cultural de la institución creada por el padre de Venus, la Fundación Worm-Greeg. Resultaba comprensible, hasta cierto punto, que la propia Venus hubiese tomado parte activa y preponderante en dicha expedición.

Lo más atractivo del reportaje eran, no los datos áridos de los hallazgos arqueológicos ni las valiosas investigaciones sobre las protocivilizaciones marcianas, sino la terrible aventura corrida por Venus y uno de sus compañeros de expedición.

El vehículo en que viajaban, especialmente acondicionado para planetas sin atmósfera o con atmósfera distinta a la de la Tierra, se había averiado repentinamente a doscientos veinte kilómetros del campamento arqueológico.

Había sido un fallo estúpido, esa clase de avería de «una entre diez millones», pero al que le toca le parte por la mitad, dicho sea en lenguaje llano. La batería que proporcionaba energía al vehículo, y a todos sus instrumentos auxiliares —luces, calor, radio, etc.—, se había estropeado y no la pudieron arreglar.

A doscientos veinte kilómetros del campamento y con una provisión de aire en las escafandras suficiente sólo para doce horas, una avería semejante significaba la muerte.

El vehículo se había detenido en el llamado desierto de Regenschbach, una extensión de tierra desolada, con arenas de origen volcánico y sin una sola planta ni una fuente de agua potable. Venus Worm-Greeg era la autora del reportaje y contaba que cuando se dieron cuenta de lo irreparable de la avería, se creyeron sentenciados.

No lo decía claramente, pero aun el lector más avispado se daba cuenta de que su compañero, el doctor Francis Buly, famoso como arqueólogo, a pesar de su juventud, treinta y seis años, habíase entregado a un acceso de desesperación. Tal vez, puesto que, demostrado concluyentemente que en Marte no existen fieras, no llevaban armas, no se había pegado un tiro en el mismo momento en que descubrieron que ya no podían seguir adelante.

Todo esto lo daba a entender Venus Worm-Greeg en su reportaje. Luego explicaba la solución ideada para salir de aquel terrible atolladero.

Calcularon que, caminando doce horas sin parar, y teniendo en cuenta la menor gravedad marciana —un tercio de la terrestre—, lo que les permitiría caminar mucho más de prisa, podrían recorrer la mitad del camino en dicho espacio de tiempo. Pero, aun así, les quedarían ciento diez kilómetros antes de alcanzar el campamento.

El doctor Buly se había quedado terriblemente deprimido. Fue Venus, resuelta y enérgica, no dándose por perdida sino hasta el último momento, quien halló la solución.

El «jeep» rodaba, como la inmensa mayoría de los vehículos que circulan por Marte, sobre unas grandes ruedas de tipo balón, cuya cámara tiene una sección cercana al metro. La falta de carreteras en Marte y el hecho de que se haya de rodar por toda clase de terrenos, ha hecho necesaria la adopción generalizada de tal clase de vehículo.

Naturalmente, pueden producirse pinchazos o pérdidas de presión en las cámaras. El «jeep» marciano lleva los elementos necesarios para reparar una avería semejante, no corriente, por supuesto.

Aparte de los parches, lleva un depósito de aire a presión, que contiene la cantidad exacta para hinchar uno de esos neumáticos. Y es grande, créanme; mucho más alto que yo y grueso de casi un metro, como he dicho. Ahí dentro cabe una cantidad respetable de aire.

Venus tuvo necesidad de sacudir la apatía en que había caído el doctor Buly y ponerle a trabajar. Desmontaron dos de las ruedas del vehículo y, cargando con el depósito de aire de reserva, más una pequeña cantidad de víveres y agua, echaron a andar hacia el campamento.

Era difícil que viniesen a ayudarles en los primeros momentos. La salida de Venus y el doctor iba a prolongarse por espacio de una semana. Les echarían en falta cuando fuera ya demasiado tarde.

Con voluntad indomable, Venus arrastró a su compañero. Entre los dos, uniendo las ruedas con una barra de hierro a modo de eje y arrastrando aquella improvisada carretilla de aire con una cuerda, caminaron en busca de la salvación.

Fue la idea de Venus Worm-Greeg lo que les salvó. Ella espoleó a su compañero incesantemente, acuciándole para que no se tomase sino los descansos absolutamente imprescindibles. Luego, cuando acabaron el aire de las escafandras individuales, echaron mano del contenido en el depósito de reserva, trasvasándolo por medio de una pequeña bomba a los de las escafandras, y cuando éste se concluyó, utilizaron el aire contenido en los neumáticos.

Estaban a punto de morir de asfixia cuando avistaron el campamento. Necesitaron unos días para reponerse; habían recorrido doscientos veinte kilómetros en menos de tres días y ello había de notarse a la fuerza en sus organismos.

Esta era Venus Worm-Greeg en el aspecto que podríamos llamar espiritual, anímico, moral o como gusten: una voluntad de hierro y un ingenio a toda prueba.

Aparte de ello, era una mujer bellísima. La gente no comprendía aún cómo, con su cara, su cuerpo y su dinero estaba aún soltera a sus veintisiete años.

Tenía el pelo negro y los ojos verdosos; reacia generalmente al maquillaje, como no fuese por razones verdaderamente higiénicas, sus labios no necesitaban para nada del lápiz rojo.

Buena estatura, delgada pero no esquelética, senos arrogantes, cintura de avispa, caderas de ánfora y piernas largas y bien torneadas, así era Venus en lo físico... haciendo honor a su nombre.

Lo malo de todo es que yo estaba enamorado de ella.

Secretamente, por supuesto, porque no se lo había dicho a nadie.

Ni siquiera a ella misma, ya que daba la casualidad de que no nos conocíamos personalmente. Y tan no nos conocíamos, que jamás nos habíamos visto el uno al otro. Ni siquiera yo, de lejos y a hurtadillas, para admirar en silencio su hermosura.

Era, lo que se dice, un amor platónico. En pleno siglo XXII. ¡Qué risa!

Unos nudillos que sonaban en la puerta interrumpieron repentinamente mis reflexiones.

—Adelante, Fred.

La puerta se abrió y Fred entró en el salón donde descansaba de mi trabajo cotidiano.

Fred entró. Era mi robot personal.

Un robot único en el mundo. Tan único, que sólo Fred y yo conocíamos su existencia.

Había, por supuesto, muchas clases de robots, pero como Fred, ninguno. Claro que era mi obra personal, maestra, realizada como quien dice en los ratos libres y, como modestia aparte, conozco el oficio, así me había salido él.

—Dime, Fred.

—Es la hora de su copa diaria de jerez, señor —me recordó el robot.

—Ah, muy bien, Fred. Sírvemela, ¿quieres?

La fotografía de Venus Worm-Greeg encabezaba el reportaje. Estaba hecha en colores naturales y parecía que iba a salirse del papel.

—El señor está enamorado —dijo Fred.

—Desdichadamente, así es... ¡Eh! ¿Cómo lo sabes? —pregunté, mirando al robot.

Fred tenía el aspecto de una persona. Era preciso mirarle muy de cerca para saber que era un robot. En aquel momento, me pareció que sonreía maliciosamente.

—El señor sueña en alta voz algunas veces —contestó.

—Y tú no duermes nunca —rezongué.

—El señor grabó en mis circuitos la necesidad de ser discreto con los humanos. Pero el señor me puso también unos circuitos auditivos sumamente sensibles.

—Comprendo —dije, sonriendo—. Pero ese circuito de la discreción te impulsará a guardar en secreto lo que acabas de decirme.

—El señor no tendría que recordarme algo que está implícito en mi naturaleza robótica —contestó Fred. Y me pareció que se había enojado un poco.

¡Simpático Fred! Sus complejísimos circuitos analizadores le conferían la capacidad de raciocinio de una persona. Era el fruto de largos años de esfuerzos y experiencias y si yo me sentía contento, no digamos cómo se sentía Fred.

Del Fred actual al original, había un abismo. El primero era grande, tosco, pesado, con pinzas en lugar de dedos humanos, ojos de pez, sin boca, dos agujeros en el lugar de las orejas…

Poco a poco, había ido reduciendo el tamaño de los circuitos, ensayando metales ultraligeros para los tensores que debían desempeñar el papel de músculos, grabando en los circuitos toda clase de conocimientos…

Hasta que llegó el día en que el propio Fred me indicó que un circuito de enlace recibía una tensión excesiva y que por dicha razón, a los cuatro pasos, se fundiría y él quedaría convertido en un montón de plástico y chatarra.

Corregí el defecto. A partir de aquel día, construimos a Fred entre yo… y el propio Fred.

Él me dio también una fórmula original para el plástico de su envoltura aparentemente carnal: ligero, termostático, resistente a los ácidos, flexible… Fred me facilitó también la fórmula para el color de sus labios y sus pupilas… Bueno, él mismo remató la tarea y es preciso reconocer que si yo hubiese poseído la lámpara de Aladino para pedir un robot como Fred, el genio de la lámpara me hubiese concedido a Fred, sin duda alguna.

Lo malo es que sus circuitos, lenta e insensiblemente, se iban conectando de modo gradual entre sí. A veces no me gustaba, pero era algo que veía inevitable, a menos que le asestase un buen martillazo en la cabeza. Sin embargo, ésta es una idea que deseché siempre.

No podía destruir a Fred. La interconexión de sus circuitos me convenía; de este modo, además de un sirviente personal, tenía consejero privado… y gratuito: un poco de corriente de cuando en cuando para recargar su micropila y algo de aceite; tales eran los únicos gastos que debía realizar en la conservación de Fred.

—Siento haber influenciado tu circuito del enojo, Fred —le dije.

El robot se inclinó.

—El señor no me molesta nunca —contestó—. En mejor ocasión, habré de revisar ese circuito; es posible que reciba una sobrecarga de tensión, tal vez una centésima de voltio más de lo calculado, y ello ha motivado, sin deseos por mi parte, el disgusto que el señor ha podido apreciar. Ruégale mil perdones... y ahora, si me lo permite, iré a abrir la puerta; mis sensibles circuitos auditivos captan la aproximación de dos personas.

Giró sobre sus talones y se alejó.

—Vaya un robot —refunfuñé—. Cualquiera lo diría.

El timbre sonó cuando Fred había dado apenas dos pasos.

—Soy soltero —dije entre dientes—, pero el día en que me case, le pondré algodones en los oídos.

La puerta se abrió. Capté el sonido de unas voces hombrunas.

Fred vino segundos más tarde.

—Señor, el profesor Alström y su ayudante., el ingeniero Tino Coratti, solicitan les conceda una entrevista.

No conocía a tales individuos ni les había visto en los días de mi vida, pero me pareció descortés negarme a recibirlos.

—Hazles pasar, Fred.

—Sí, señor.

Momentos después, tenía frente a mí a Alström y a su ayudante.

Alström era un sujeto cincuentón, de mediana estatura, recio de cuerpo y nariz ganchuda. Coratti tenía quince años menos, mi edad, aproximadamente, y era alto y delgado como una espada, pero tan flexible y duro como ésta. Sus ojos me parecieron poseían el poder de taladrar las frentes humanas.

Me puse en pie para recibirles.

—Siéntese, por favor —invité—. Fred, mi criado, les servirá una copa...

Alström levantó la mano derecha.

—No es necesario, ingeniero Peel. ¿He olvidado antes decir mi nombre? Pues ya está subsanada la omisión: me llamo Anthony Peel. Lo que tenemos que decirle—siguió el profesor—, es breve y sencillo.

—Muy bien. Hable, en tal caso —contesté.

—Breve y sencillo —repitió Alström—, Queremos comprar su robot.

CAPÍTULO II

Fred, como robot, no asistía a la entrevista, aunque harto me figuraba que debía de estar escuchando en la habitación contigua. Yo guardé silencio durante unos segundos.

—¿Y bien? —dijo Coratti con ligero acento de impaciencia.

Dirigí una mirada al individuo. No sé por qué, pese a su título, me pareció un asesino a sueldo, como aquellos que tenían empleados los grandes señores venecianos, un esbirro del Consejo de los Diez, capaz de estrangular a cualquiera o de ensartarle con su acero, sin sentir el menor remordimiento.

—Me temo que no les he entendido —contesté al cabe—. ¿Venderles un robot? ¿De dónde han sacado esa absurda historia?

Alström dejó escapar una sonrisa de suficiencia.

—Sería largo de contar, ingeniero —dijo—, pero conocemos sus trabajos en la materia, sabemos del empleo que tiene en la actualidad en la *Milton Authomatic Entreprise* y, en fin, conocemos da vista a Fred,

A semejantes tipos, pronto me di cuenta de ellos no podía ocultárseles nada. Soy ingenuo en muchas cosas todavía, pero hasta un chiquillo podría haberse percatado de que me habían estado vigilando durante días, semanas o tal vez meses.

Ahora venían a tiro hecho, quiero decir que sabían lo que se decían y hacían.

—Parece que me conocen muy bien—respondí—. Admitiendo la existencia del tal Fred, les diré que no es que no piense, sino que no quiero venderlo a ningún precio.

—Sin duda —terció Coratti—, desconoce aún la cuantía de nuestra oferta.

—¿Podrían pagarme cuatrocientos millones? —pregunté.

Alström y Coratti respingaron.

—¡Demonios! —dijo el primero.

Coratti juntó las cejas.

—Supongo que se trata de una broma, ingeniero —manifestó.

—¿Una broma? Vaya, ahora subo el precio de Fred a quinientos millones.

—Está loco...

Alström extendió la mano, con ademán conciliador.

—Calma, Tino —dijo —. El buen humor del ingeniero es reconfortante en estos tiempos que sólo se ven caras serias. Por supuesto —añadió —, no podemos pagar una suma semejante, ingeniero, pero sí estamos autorizados a ofrecerle una cantidad más que razonable...

—Razonable viene de razón —le interrumpí— y yo quisiera expresarle las que tengo para no vender a Fred.

—Esas razones se derrotan con dinero —dijo Coratti en tono de suficiencia.

—Lo dudo mucho —respondí—. Tengo un magnífico empleo, un sueldo que cubre todas mis necesidades ampliamente y carezco de ambiciones, en determinado sentido. ¿Para qué quiero un millón, dos o diez, que es lo máximo que van a ofrecerme? ¿Qué haré yo con tanto dinero, si luego me quedo sin Fred? Claro que podría construirme otro idéntico, pero no soy tan estúpido como para suponer que en el contrato de venta no iban ustedes a incluir la cláusula de exclusividad.

—Es usted menos ingenuo de lo que parece, señor Peel —declaró Alström —. Y, ¿no le gustaría aceptar un empleo con nosotros? Su sueldo sería aumentado sustancialmente...

—¿A cambio de Fred? Ni lo sueñen.

—Fred es su obra maestra. También hubo y hay artistas que componen su obra maestra: música, escultura, pintura... y luego la venden.

—Aparentemente son casos similares, pero distintos. Fred, aunque una máquina, es un poco hijo para mí. Y, ¿quién vendería a un hijo? —respondí.

—En resumen —dijo Coratti, haciendo rechinar los dientes—, que no hay trato.

—Una definición correcta—convine amablemente.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Coratti sacó una pistola.

El gesto y el arma corroboraron mi impresión primera: Coratti era un esbirro, un matón a sueldo. Lo de ingeniero era una fábula.

La, pistola era del tipo antiguo, quiero decir de pólvora, aunque dotada de silenciador. Por un momento, sentí miedo.

Alström sacó dos papeles y los depositó sobre una mesa.

—Ingeniero, este es el contrato de venta y este otro papel, un cheque por cinco millones. Garantizado por el Banco de los Tres Planetas —declaró.

La pistola de Coratti me apuntaba al pecho.

—Y usted lo firmará —indicó— o le mataré y nos llevaremos a Fred.

Alström puso una pluma junto a los papeles.

—Firme, ingeniero —ordenó.

Me acerqué a la mesa. Coratti se situó prestamente a mi lado.

—El truco de lanzar la mesa a la cara de un hombre armado es muy viejo —dijo, sonriendo malignamente—. Firme, Peel.

—¡Qué vergüenza! —suspiré —. Ya me han apeado el tratamiento...

Cogí la pluma. Era de tinta sólida; lástima, porque, en caso contrario, le habría lanzado a los ojos su contenido. Pero, de pronto, la solté y empecé a vacilar, a la vez que me llevaba una mano a la frente.

—Me mareo...—dije, con voz desfallecida. Y me derrumbé en un sillón—. Tengo la presión muy baja...

—Eso se arregla con una copa de coñac —masculló Alström—. Busca por ahí, Coratti.

Yo respiraba afanosamente. Coratti me dirigió una mirada de desconfianza.

—Está bien, vigílelo, profesor —dijo.

Y dio media vuelta, cosa que aproveché para meter un pie debajo de la mesita y lanzársela al cogote.

Coratti lanzó un rugido de dolor y cayó de bruces. Me puse en pie de un salto.

Uno no es luchador, por supuesto. Mis únicos ejercicios gimnásticos son algunos paseos a pie y cinco minutos de flexiones matutinas. Pero, no se puede decir que sea un alfeñique. Me faltará experiencia, pero no fuerza.

En circunstancias semejantes, uno debe buscar el punto flaco del adversario. En el caso de Alström, que era el más cercano, se trataba de su nariz.

Péguenle ustedes a un tipo un buen puñetazo en la nariz y verán cómo se desentiende de todo cuanto sucede a su alrededor. Eso le pasó a Alström.

El profesor empezó a mugir, mientras se agarraba el apéndice nasal con ambas manos. Lo aparté a un lado y me dirigí hacia Coratti, que ése sí que era peligroso, el cual se esforzaba ya por incorporarse.

La pistola había resbalado unos pasos por el suelo. Coratti alargó la mano para recogerla.

Está mal decirlo, pero le pisé los dedos con fruición. El grito de dolor que soltó Coratti, me pareció una música entonada por un coro de voces blancas.

Luego giré un poco. Tomé puntería, disparé el pie y lo estrellé contra su mandíbula. Los gritos de Coratti cesaron en el acto.

Recogí la pistola con toda tranquilidad. Alström seguía aún muy ocupado con su nariz.

Esperé unos minutos. Alström se rehízo poco a poco.

Coratti tardó más. Cuando la pareja estuvo más o menos en condiciones, les señalé la salida con la pistola.

—Despejen—ordené—. Y olviden a Fred.

Alström me dirigió una mirada venenosa.

—Fred será nuestro—aseguró. Y se dirigió hacia la salida con paso rápido.

Coratti le siguió a continuación.

—Tengo memoria de elefante —dijo significativamente.

—Y cerebro de mosquito —sonreí.

Les acompañé hasta la puerta, no faltaría más. Con aquellos tipos, uno no podía estar seguro de que no acabarían llevándose a Fred bajo el brazo.

Al quedarme solo, llamé a mi robot.

—¡Fred!

Silencio. Fruncí el ceño.

—¡¡Fred!!

El robot asomó la cabeza tímidamente.

—¿Se han ido ya, señor? —preguntó.

Me eché a reír.

—¿Tienes miedo?

—El señor olvidó conectar en mí el circuito del valor —dijo Fred, saliendo a terreno descubierto. Alargó la mano, con humano gesto de aprensión —: Aparte eso, señor; dicen que el diablo las carga.

Dejé la pistola sobre una mesa. Fred añadió:

—El señor me enseñó a respetar a los humanos, quiero decir que me insertó un circuito de obediencia total a un humano, siempre que la orden recibida no implicase daño para otro humano. Es obvio que, en muchas ocasiones, no pueda distinguir claramente los efectos posteriores de una orden, pero circunscribiéndonos al circuito mencionado, su inclusión significa, en cierto modo, cobardía por mi parte.

—Si te insertase el circuito del valor, como dices, podrías sentir veleidades agresivas contra un humano, Fred.

—Lo sé, señor, y no se lo reprocho, pero es que cuando oí a esos tipos que me querían comprar, no pude reprimirme y hube de buscar un escondite. Por eso tardé tanto en acudir a su llamada.

Miré a Fred con afecto.

—De modo que no quieres que te venda.

—Si el señor lo hace, no tendré otro remedio que resignarme; sólo soy un robot. Pero por mi voluntad, artificial, naturalmente, no me iré nunca de su lado.

Le di una palmadita en su hombro de plástico y metal.

—Bien, Fred, así me gusta. Y, no te preocupes; no te venderé nunca.

Fred se inclinó profundamente.

—El señor puede contar con mi más sincera devoción —dijo.

Consulté el reloj.

—El ejercicio me ha abierto el apetito, Fred —dije.

—Le prepararé la cena, señor.

Un cuarto de hora más tarde, estaba sentado a la mesa. Mientras me alimentaba, pregunté:

—Escuchaste toda la conversación, ¿No es cierto?

—La mayor parte, señor —respondió el robot—. Cuando la cosa empezó a ponerse… humanamente fea, me escondí. Adonde estaba no llegaban ya los sonidos.

—Bien, pero, al menos, habrás podido formarte una opinión de esa pareja de rufianes.

—Por supuesto, señor.

—¿Y…?

—Yo sería su prototipo, eso se da por descontado.

—Ellos construirían cientos o miles de robots idénticos a ti.

—Yo opino que con un par de cientos, tendrían más que suficiente.

—Explícate, por favor —pedí.

—La casa me da relativamente poco trabajo —contestó Fred—. Los subrobots que tengo, me refiero a máquinas electrodomésticas —añadió con aire de superioridad—, lo hacen casi todo. Por lo tanto, me queda muchísimo tiempo para instruirme.

—Cosa de la cual me congratulo —dije —. ¿Y qué más, Fred?

—Sencillamente, señor, el profesor Krirt Alström es el director científico de la Sociedad Minera de Venus.

—¡Demonios!

—Yo diría: «¡Tornillos!», pero me desagradan las palabrotas.

—La Minera de Venus tiene en concesión algo así como ciento cincuenta mil kilómetros cuadrados de terreno.

—Exactamente, ciento setenta y dos mil, señor.

—En los cuales se extrae bauxita venusina, pero a un precio ruinoso.

—En efecto, señor. La bauxita es el elemento original del aluminio, pero la bauxita venusina proporciona aluminio con todas las cualidades del terrestre, salvo la ligereza, que es infinitamente superior en aquél que en éste. Una ligera modificación de la estructura molecular, tal vez producida por las irradiaciones solares o acaso debida a la «construcción» del planeta hace miles de millones de años, es lo que hace que el aluminio obtenido de la bauxita venusina sea idéntico al terrestre, pero con el peso de un papel de fumar. En las debidas proporciones similares de tamaño, por supuesto.

Asentí pensativamente.

—Creo que ya empiezo a comprender las razones de Alström —dije.

—La sociedad Minera de Venus emplea muchas máquinas, por supuesto, pero, no obstante el ahorro de personal humano que esto supone, es inevitable tener allí empleados, por lo menos, dos centenares de mineros... bueno, ingenieros, técnicos y demás.

—A todos los cuales, primordialmente, hay que darles de comer y de beber, sin contar una serie de mínimas comodidades que serían inútiles en el caso de emplear robots.

—Con lo que la inversión inicial de la fabricación de doscientos robots análogos a mí, se vería amortizada rápidamente por: A) Ahorro de sueldos, que deben de ser exorbitantes, más alimentos, materiales tales como vestuario, comodidades de alojamiento y otras gabelas; y B) Un incremento en la producción de aluminio, que se traduciría en un incremento de los ingresos de la Sociedad Minera.

—¿Eres adivino? —pregunté.

—Uso solamente el circuito de la deducción, señor —me contestó dignamente.

CAPÍTULO III

Estaba preocupado.

Mi preocupación nacía de la visita de Alström y de Coratti.

En primer lugar, ello indicaba, sin lugar a dudas, que había sido vigilado a conciencia, de tal forma, que yo no me había percatado en absoluto, hasta que ellos mismos me lo dijeron. La segunda deducción a extraer era, obviamente, que estaban dispuestos a usar cualquier medio para apoderarse de Fred.

Fred me había costado, aparte de los estudios que me llevaron a conseguir el título de ingeniero a los veintidós años, catorce más. Desde el primer Fred hasta el actual, habían transcurrido casi tres lustros.

Ahora era una obra perfecta, dentro de la perfectibilidad de las cosas humanas.

¿Iba a permitir que se lo llevaran?

La respuesta sólo podía ser una: NO.

Pero, ¿cómo impedirlo?

Jamás me había visto mezclado en asuntos turbios y mucho menos en negocios en los que interviniesen asesinos profesionales. No es que fuese un parvulillo, pero todo aquello me encontraba a mí completamente de nuevas.

Pensé en emigrar una temporada. No obstante, me dije que Alström debía de tenerme continuamente vigilado. Una empresa dispuesta a pagar cinco millones por Fred, no debía pararse en gastos a la hora de conseguir resultados.

Y uno de los medios de lograr tales resultados era tenerme bajo continua vigilancia.

Pasaron varios días. Estaba nervioso e inquieto.

Tenía que acudir a mi trabajo. Dejar solo a Fred me enervaba.

¿Y si se lo llevaban durante mi ausencia?

En alguna ocasión, creí divisar algún sujeto de aspecto sospechoso. Pero nunca pude demostrarme a mí mismo que fuese un espía de Alström.

Los días pasaban, pero no ocurría nada. Sin embargo, no por ello adormecí mi confianza.

Si Alström y Coratti tardaban tanto en atacar de nuevo, no lo hacían amedrentados por mi actitud, sino porque, estaba seguro de ello, preparaban el golpe de modo que no pudiese fallarles por segunda vez.

A mí me eliminarían y Fred pasaría a sus manos.

De pronto, cuando habían pasado diez días después de aquella visita, recibí otra.

El individuo que vino a verme dijo llamarse Bran Knorren y ser representante de una poderosa empresa, cuyo nombre no quiso decir. Más directo aún que Alström, puso sobre la mesa un cheque por diez millones, cantidad que ofrecía a cambio de Fred.

Examiné el cheque.

Estaba firmado por el propio Knorren.

Sonreí.

—Eso significa que la empresa que le ha encomendado la compra de mi robot, confía tanto en usted, como para ingresar diez millones en su cuenta —manifesté.

—Once —declaró Knorren plácidamente—. Un millón será mi comisión, cuando les lleve a Fred.

Cogí el cheque y lo convertí en diminutos fragmentos, que luego metí en el bolsillo de la chaqueta de Knorren.

—¿Vigilan ustedes al profesor Alström? —pregunté en tono casual.

Knorren acusó el golpe.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

Me toqué la cabeza con la mano.

—Uso lo que hay debajo para algo más que tomar aspirinas —contesté sarcásticamente.

—Bien, no me queda otro remedio que admitirlo. Mi empresa y la de Alström son rivales, aunque la mía es mucho más importante.

—Lo siento, pero Fred no está en venta.

—Escuche, ingeniero, ¿qué diría si subiésemos la oferta a quince millones?

—Acaba de decirme que no le dieron más que once.

—Bueno, yo iría a pedir los cinco que le faltan.

Y se los darían; estoy seguro.

—¡Fred!

El robot compareció casi en el acto.

—Acompaña al señor —dije—. Se marcha.

Knorren se puso en pie.

—Ingeniero...

—No se hable más —corté secamente—. Mi casa no es un mercado de robots.

Knorren se marchó derrotado. Lo sentí por el millón que debería devolver.

Fred regresó a poco.

—Señor, este asunto se está poniendo feo —manifestó.

—Así opino yo —concordé pensativamente—. ¿Qué tal si anticipase mis vacaciones? —pregunté de pronto.

—Unas vacaciones aplazarían pero no resolverían definitivamente la solución del problema, señor —contestó Fred con harta sensatez.

—Entonces, ¿qué diablos hago? —exclamé casi a gritos.

—Hay cosas que un robot no puede ni debe decidir por sí mismo —dijo Fred, y se marchó hacia la cocina, pues era hora de cenar.

—¡Fred!

El robot se volvió al oír mi voz.

—¿Señor?

—¿Has oído la conversación con Knorren?

—Perfectamente, señor; en esta ocasión, además, no tuve necesidad de esconderme.

—Knorren dijo que su empresa era mucho más fuerte que la de Alström. ¿Qué empresa puede ser, en tu opinión?

—Sólo una, señor: La Unión Minera Worm-Greeg. Con el permiso del señor; es la hora de sacar el asado del homo.

Me quedé de piedra. La Unión Minera Worm-Greeg pertenecía, naturalmente, al padre de Venus Worm-Greeg.

* * *

Veinticuatro horas después, cuando no había resuelto aún mis dudas ni casi, salido de mi asombro, Fred me anunció una visita.

—¿Quién es? —pregunté.

—Una dama, señor. No ha querido decir su nombre, aunque...

La construcción de Fred le permitía sonreír. Era siempre la misma sonrisa, claro; no se puede pretender que un robot sonría irónicamente, o tristemente o expresando, en fin, uno de los mil sentimientos humanos. Pero cuando uno lleva ya cierto tiempo junto a un robot como Fred, aprende a calibrara el sentido de sus sonrisas.

Fred sonreía maliciosamente.

—¿La hago pasar, señor?

—Desde luego.

Fred se retiró. A decir verdad, que mi visitante fuese Venus Worm-Greeg no me extrañó demasiado después de lo ocurrido.

Era tal como la había visto gráficamente y aún más. Su negro cabello estaba partido en dos anchas bandas, que le ocultaban

parcialmente las orejas, y reunido en la nuca por un moño de audaz diseño, no menos audaz que el vestido que cubría su cuerpo y el dibujo del tejido.

Incluso era más alta de lo que me suponía. Su frente, sin tacones, llegaba a la altura de mis ojos, y yo no soy lo que se dice un enano. Pero la perfecta proporción de sus formas anulaba cualquier discordancia estética que pudiera sugerir su elevada estatura.

Venus dio dos pasos dentro de la estancia y se detuvo con gesto de sorpresa.

—¿Es usted el ingeniero Peel? —preguntó.

—Desde luego, señorita. ¿Quiere tomar asiento? —invité.

—Gracias.

Venus se sentó. Durante unos momentos, me contempló fijamente. Empecé a sentirme incómodo.

—¿Por qué me mira así? —pregunté.

Una ligera sonrisa entreabrió sus labios.

—El señor Knorren no me dijo que era usted tan… apuesto —contestó—. Yo me imaginaba a un ancianito con barba, carraspeante, testarudo y malhumorado… y me encuentro ante un hombre atractivo, muy atractivo, lo digo sinceramente.

Empecé a llenar dos copas.

El hecho de que Venus estuviese allí para una cosa distinta de la que yo había soñado en mis elucubraciones amorosas, había enfriado bastante mis entusiasmos hacía ella.

—¿Piensan emplear ahora el sistema de la adulación? —pregunté, entregándole una copa.

—Oh, no —contestó ella con desenvoltura—. Si fuese feo y contrahecho, también se lo diría. De verdad, me parece muy apuesto, y eso es lo que me ha extrañado. No parece que sea usted el constructor de Fred.

—Empleé catorce años en él —respondí—. Bueno, él también puso bastante de su parte, en cuanto empezó a conocer las imperfecciones de su cuerpo robótico.

—Le he visto cuando salió a recibirme. De no haber estado previamente advertida, no hubiera sabido que se trataba de un robot. —Probó el vino —. Es un jerez muy bueno —alabó.

—Gracias. —Me senté frente a ella—. Y ahora, ¿cuál es su proposición?

—Fred interesa a la Unión Minera —dijo ella.

—Creo haber dicho ayer al señor Knorren que mi casa no es un mercado de robots.

—El señor Knorren es el intermediario designado por mi padre —manifestó Venus—. Yo no estaba enterada de ello, pero en la cena le vi preocupado. Pregunté qué le ocurría… y me lo explicó toda.

—¿También tiene la Unión Minera yacimientos de bauxita?

—Nuestra concesión alcanza una extensión de trescientos veinte mil kilómetros cuadrados. Si pudiéramos intensificar la producción de aluminio venusino, los beneficios de todo orden que se obtendrían serían incalculables —contestó ella.

—Me lo imagino, pero… beneficios, ¿para quién?

—No sea demagogo —contestó ella—. Ya sé lo que va a decir: el capitalista, obteniendo desmesuradas ganancias a costa del obrero y cosas por el estilo. Naturalmente, en la Unión no se trabaja por amor al arte y si invierte un capital en un negocio, espera obtener el lucro adecuado.

»Pero el beneficio que obtendría la tierra sería infinitamente mayor. ¿Se imagina usted una flota de astronaves construidas con aluminio venusino? Ciertamente, sería una aleación con el acero, pero el peso de cada astronave se reduciría en miles de toneladas, lo cual permitiría incrementar la carga y el combustible, con un doble efecto: más cantidad de aluminio transportado y mayor rapidez en los viajes.

»¿Sabe cómo vuelan las naves hasta Venus? Despegan, se sustraen a la gravedad terrestre, hallan la órbita adecuada y el resto del viaje, salvo la última etapa de contacto con el planeta y aterrizaje, se hace por inercia. Imagínese ahora que una nave pudiese adquirir una velocidad doble de la actual. Ciertamente, también tendría que emplear más combustible, no sólo en el despegue, sino en la deceleración al hallarse en las inmediaciones de Venus.

»Pero si esa nave es tan ligera, metafóricamente, como el papel, ¿qué importancia podrían tener unos cientos de toneladas más de combustible? La velocidad, que se cuadruplicaría, por lo menos, permitiría también cuatro viajes donde ahora sólo se efectúa uno. Imagínese el resto, ingeniero.

Bebí mi copa de un trago.

—Ha sido demasiado gráfica —comenté.

—Le he explicado casi todas nuestros planes, ingeniero —respondió ella —. Pero Knorren no supo conducir bien el asunto.

—¿Por qué?

—Mi padre le dijo: «Allí tiene once millones. Uno es para usted, si me consigue a Fred. Tráigamelo»... y eso es todo.

—Es lo que hizo Knorren —admití.

Venus sonrió.

—Mi padre quiere el robot. Naturalmente, deja en libertad a sus colaboradores cuando les encomienda algún trabajo; él no puede entrar en detalles.

—Me lo imagino fácilmente. ¿Y qué más?

—Pues es bien sencillo, ingeniero. Si Knorren hubiese usado la cabeza en lugar del corazón, ahora tendríamos nosotros a Fred.

—No la entiendo. ¿Qué tiene que ver el corazón de Knorren con este asunto? ¿Acaso tenía que haberme contado una historia lacrimógena para convencerme? —pregunté, desconcertado.

—Oh, no —sonrió Venus—. Es que Knorren tiene un trozo de oro en lugar de corazón y por eso actuó de una manera tan disparatada. En cambio, yo pienso hacerlo de otra forma mucho más conveniente para ambos. Por supuesto —agregó—, los diez millones prometidos serán para usted. Y Fred también.

—No la entiendo —dije, intrigado.

—Es bien sencillo, ingeniero. Usted nos deja a Fred, lo tomamos como prototipo, construimos varios robots análogos a él, que luego nos servirán de modelos para nuestra fabricación en serie de robots y, una vez terminada la operación, le devolvemos a Fred. ¿No le parece

ésta mejor solución que la venta pura y simple?

Hubo un momento de silencio.

No sabía qué decir. La proposición de Venus parecía honesta, pero...

CAPÍTULO IV

Sobrevino un momento de silencio.

En principio, me inclinaba por acceder a la petición de Venus. Ciertamente, no hubiese cambiado a Fred por todo el oro del mundo, pero si me lo devolvían, la cosa resultaba distinta.

La duda surgió de inmediato. ¿No me gastarían luego una jugarreta?

—Aún falta la segunda parte de mi proposición —añadió Venus, antes de que hubiese contestado yo a sus palabras—. Si acepta, le nombraremos director de la fábrica, con plenos poderes. En este caso, la frase «plenos poderes» conserva íntegro su significado. Cualquier cosa que se nos pida, se le concederá sin regatear.

»Queremos que los robots que salgan de la fábrica, posean la perfección de Fred. Comprenderá que no podemos conseguirlo mostrándonos tacaños. —Sonrió insinuantemente —. Es un buen empleo... y los diez millones se le entregarán apenas acepte, por adelantado.

Eso ya era otra cosa, me dije. Además, podría ver a Venus con alguna frecuencia y...

Sonó el timbre.

Venus volvió la vista hacia la puerta.

—¿Espera alguna visita, señor Peel? —preguntó.

—No, en absoluto. Pero ahora veremos de quién se trata.

El timbre sonó de nuevo.

—Espero que no se le hayan estropeado a Fred los circuitos auditivos —rezongué.

Por tercera vez escuchamos el timbre. Me levanté.

—No sé qué puede hacer Fred —dije—. Excúseme.

—Claro, no faltaría más.

Crucé el salón, pasé al vestíbulo y abrí la puerta.

Coratti entró, precedido por una pistola como la que le había arrebatado. Tras él venían dos tipos como castillos y aspecto de matones.

Levante los brazos sin que nadie me dijera una sola palabra.

—Me rindo —dije.

Coratti emitió una risita irónica.

—Así está bien, ingeniero —contestó—. Lo siento. El otro día pudo haberse ganado cinco millones. Ahora no sólo no se los ganará, sino que perderá también a Fred.

Movió la mano izquierda.

—Buck, Dyrtle, echad mano al robot —ordenó.

Los dos rufianes cruzaron el vestíbulo.

Temblé por Fred.

El robot estaba construido para soportar, más o menos, el peso de una persona y tenía en sus tensores una fuerza análoga. Aquellos dos hombretones le vencerían con toda facilidad. Fred podría conocer, siquiera teóricamente, los fundamentos del judo, pero su «organismo» no estaba construido para soportar los violentos esfuerzos que se derivarían indefectiblemente de una lucha en tal estilo u otro parecido.

El mismo, por otra parte, era consciente de sus propias limitaciones. Lo cual significaba que no se resistiría a una demanda formulada por métodos violentos.

Coratti me dirigió una sonrisa maligna.

—Lo siento, ingeniero —dijo—, pero, puesto que el dinero no sirve, usaremos otro procedimiento… para nuestra compra.

De pronto se oyeron dos ruidos extraños.

¡BLAM! ¡BLAM!

Coratti se puso rígido.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—A mí me parece como si dos tipos se hubieran dado las narices contra una puerta. O contra el suelo —dije, fingiendo indiferencia. Pero la verdad era que no sabía lo que había ocurrido.

La pistola que Coratti empuñaba se apoyó en la punta de mi nariz.

—Retroceda —dijo—. Si pasa algo, usted será el primero en recibir. ¿Entendido?

Bizqueé un poco para ver mejor el que se me antojaba pavoroso tubo del silenciador. Coratti empujó hacia adelante y yo no tuve otro remedio que retroceder.

Así crucé el umbral del salón. De pronto, tropecé con algo y caí de espaldas.

Coratti lanzó una maldición.

—¿Quién diablos...?

La voz de Venus Greeg sonó repentinamente.

—Eh, oiga, mire aquí, que va a salir un pajarito.

Coratti volvió la cabeza. En aquel instante, Venus le estrelló sobre la frente un precioso jarrón chino, imitación Ming, que yo tenía sobre una consola.

—¡Ugh! —hizo el matón. Y cayó de cara.

Venus se limpió las manos de un inexistente polvo.

Me miró y sonrió brillantemente.

—Asunto arreglado, ingeniero —dijo.

La miré con admiración. No conseguía explicarme cómo habla conseguido deshacerse de los secuaces de Coratti.

—¿Le gusta el asiento? —preguntó ella.

Respingué. Hasta entonces no me había dado cuenta de que estaba sentado sobre uno de los sicarios.

Ello me hizo dar un salto brusco. Giré un poco la cabeza y contemplé estupefacto a los dos hombres caídos en el suelo.

—¿Cómo lo consiguió? —pregunté.

—Pistola anestésica —repuso ella, sin dejar de sonreír. Y añadió —: Claro que para el jefe le guardaba algo mejor.

—Sí, un jarrón que era la luz de mis ojos y la alegría de mi corazón —refunfuñé.

—No se preocupe —contestó Venus, picada—. Le reembolsaré su importe...

—El importe del jarrón no me interesa tanto como que ya no encontraré otro igual —mascullé—. En fin, démoslo por bien empleado. ¿Qué vamos a hacer con estos tipos?

—Echarlos de aquí cuando se despierten, ¿no cree? A menos que piense luego jugar una partidita de cartas con ellos...

—Nunca me gustaron los naipes. Que se vayan.

—Eso está mejor. Bien, ¿qué me dice de mi proposición?

—¿Cómo?

Venus hizo un gesto de resignación.

—Cuando estos tipos vinieron, usted y yo hablábamos de la cesión de Fred para prototipo. Le había ofrecido también el cargo de director de la fábrica de robots, con carta blanca y autoridad para gastar cuanto crea necesario...

—Sí, ya recuerdo. —Miré a Coratti caído en el suelo—. Bien, supongo que no me queda otro remedio que aceptar. Pero en el contrato se estipulará que sólo cedo a Fred para investigación y que él seguirá siendo de mi exclusiva propiedad.

—Si nos construye quinientos como él, puede que le regale uno de propina —dijo Venus alegremente.

Y en aquel momento, Coratti empezó a rebullir.

—Ya despierta —dije entre dientes—. ¿Y los otros?

—Los efectos del anestésico duran quince minutos escasamente.

Si se aumenta la dosis del proyectil, podría matar a una persona en menos de treinta segundos.

La miré apreciativamente de arriba abajo.

—¡Caramba, qué mujer! —mascullé.

Poco después, Coratti y sus dos acólitos estaban en pie, desarmados, aún aturdidos y con el aire de quien no comprende muy bien lo que le ha sucedido.

Apunté con una de las pistolas recogidas hacia la puerta,

—Largo —dije—. Aquí sobran.

Coratti se puso un pañuelo sobre la frente, en la que tenía un pequeño corte.

—Volveremos —gruñó.

—Vuelva —le desafié—. Y morirá apenas de un paso dentro de mi casa.

Mi acento le impresionó, porque ya no dijo nada. Giró en redondo y, ladrando una orden a sus rufianes, se alejó con paso rápido.

Cerré la puerta y eché el pestillo de seguridad. Venus me contemplaba desde el umbral del salón.

—Bien, ingeniero, y ahora, haga el favor de llamar a su robot.

—Estará escondido, como la vez anterior —sonreí—. Es un poco tímido.

—Podría haberle construido más valiente —dijo ella, un tanto desdeñosamente.

—En tal caso, habría corrido el riesgo de que hubiese podido sentir veleidades agresivas hacia los humanos. Lo prefiero así, por supuesto —contesté, mientras me dirigía hacia la cocina—, ¡Fred! ¿Dónde estás? —llamé.

Nadie me contestó. Elevé la voz.

—¡Fred!!

—¿Qué sucede? ¿Dónde está su robot?

—Eso es lo que gustaría saber a mí también —refunfuñé—. ¡Fred, demonios, sal de una vez de donde estés!

Venus abrió el frigorífico. Yo miré en el montacargas de servicio.

Fred no estaba en ninguna parte, tal fue la desoladora conclusión a que llegamos unos minutos más tarde.

—Pero, ¿cómo puede ser eso? —exclamó Venus, desconcertada —. Usted vive en un decimonoveno piso… y las paredes de la casa son lisas como la palma de la mano. ¿Acaso tenía en la mano un reactor individual?

—Jamás he usado un artefacto semejante —contesté.

Venus examinó los antepechos de las ventanas.

—Por aquí no ha salido…, quiero decir que no se ha pasado a alguno de los pisos contiguos —dijo al cabo.

Me serví una copa y despaché su contenido de un trago.

—Estoy empezando a sospechar que Fred no ha sido más que un sueño —murmuré amargamente.

—No diga tonterías —exclamó Venus, indignada —. Fred existe, lo he visto y oído con mis propios ojos. Lo que pasa es que se ha fugado.

—¿Por dónde?

Venus se mordió los labios.

—Lo siento, no se me ocurre ninguna idea al respecto. Pero… ¿cómo es posible que haya escapado?

—Sencillamente, concibió miedo al ver a Coratti y sus rufianes… y se largó.

—¡Miedo, un robot! —exclamó ella, atónita.

—Así es. La vez anterior, también pasó bastante miedo.

—¡Fred es una máquina y las máquinas no sienten miedo!

—Mire, señorita, la definición más correcta de Fred no es ni la de máquina ni la de humano. Digamos mejor una cosa intermedia…

—En eso puedo estar de acuerdo. Pero no entiendo cómo una máquina, por muy casi humana que sea, puede llegar a concebir miedo.

—¿No ha oído hablar usted de la locura de las calculadoras electrónicas?

—Circuitos momentáneamente desajustados —contestó Venus.

—Algunas de esas máquinas, quedan inutilizadas por la «locura» que se apodera de ellas. Todos sus circuitos, en mayor o menor grado, quedan influenciados y hay que echarlas a la chatarra.

—Bueno, pero eso no tiene nada que ver con Fred.

—Sí, porque Fred era la máquina más perfecta que jamás se haya construido. Sus circuitos, basados principalmente en recepciones de hechos, que luego de analizados, quedaban concatenados en su almacén central de memoria, sabían analizar las situaciones y extraer las consecuencias que podían derivarse de las mismas.

»El circuito correspondiente, de acuerdo con la información recibida y tras la consulta al circuito central, para memoria y análisis de una situación semejante, formulaba luego la respuesta acerca de la posición que Fred debía tomar.

»Naturalmente, todo esto se realizaba en fracciones de segundo; y como él sabía que no podía atacar a Coratti y a sus esbirros, tanto porque se lo prohíbe implícitamente su construcción robótica como porque no está hecho para luchas cuerpo a cuerpo, el circuito que había hecho el estudio de las circunstancias decretó una situación general de miedo en su cerebro rector. Consecuencia: la fuga sin más.

Solté de un tirón aquella larga parrafada, Venus me escuchó sin interrumpirme en absoluto.

—Una interesante y convincente explicación —dijo, cuando terminé—. Pero nos hemos quedado sin Fred.

—Volverá —afirmé rotundamente.

—¿Cómo lo sabe?

—El circuito afectivo hacia las personas que son amables con él ha logrado un desarrollo considerable. No olvidemos, por otra parte, que soy su constructor —manifesté con orgullo harto justificado.

Venus lanzó un profundo suspiro.

—Supongo que no me queda otro remedio que esperar. ¿Puedo hacer que nuestros abogados vayan preparando el contrato?

—El borrador, por el momento.

—De acuerdo.

Venus me tendió su mano, blanca, fina y fuerte. Sonrió hechiceramente:

—Le llamaré mañana, para ver si tiene noticias de Fred, ingeniero —dijo.

—Espero dárselas buenas, señorita —contesté.

Cuando Venus se hubo ido, no pude contenerme y di un par de alocadas zapatetas en medio de la habitación.

Pero luego, un sentimiento de enojo se impuso sobre mi alegría: ¿Dónde demonios se había metido aquel cobardica de Fred?

CAPÍTULO V

Venus me llamó al día siguiente.

Tuve que darle una mala noticia.

—Lo siento. Fred no ha vuelto.

—Confío en que no estará engañándome, ingeniero —dijo ella, con los labios muy prietos.

—Le aseguro que soy sincero. Fred no ha regresado. Es más, en estos momentos, no tengo la menor idea de dónde pueda hallarse.

Venus reflexionó unos momentos.

—Está bien. Le llamaré mañana —se despidió finalmente.

Al día siguiente, le di una respuesta análoga:

—Sin noticias de Fred, señorita Venus.

—Pero, ¿cómo es posible, ingeniero?

—No se me ocurre ninguna idea, francamente —respondí.

—Cabe que se le haya desajustado algún circuito, ¿no le parece?

—Podría ocurrir, en efecto.

—Una emoción demasiado fuerte, como la del otro día, ¿no podría haber provocado alguna desconexión que le hubiese producido una especie de amnesia? Eso sucede con los humanos; ¿por qué no puede haberle pasado a Fred?

—Su hipótesis es muy razonable —admití.

—En tal caso, puede que esté vagando sin rumbo por las calles… sin quizá saber que es un robot.

—Todas las hipótesis son viables; incluso la de que haya caído en poder de Alström —declaré.

—¡Eso no!—respondió ella vivamente.

—¿Por qué lo dice?

—No haga preguntas indiscretas —sonrió.

—Les tienen vigilados, ¿eh?

—¿Qué se creía? Fred nos interesa muchísimo, ingeniero. Desde aquí le aseguro que no está en manos de esa cuadrilla de bandidos.

—Pues entonces, no sé dónde para; es todo cuanto puedo decirle.

Venus se quedó pensativa unos momentos. Luego dijo:

—Haremos todos los posibles por encontrarle, ingeniero. Ya le comunicaré el resultado de nuestras pesquisas.

—Se lo agradeceré infinito, señorita Venus.

Ella cortó la comunicación. Yo me sentía cada vez más preocupado.

Por más que buscaba soluciones para aquel enigma, no se me ocurría ninguna viable. Y… ¿cómo y por dónde diablos se había escapado Fred?

Pasaron ocho días.

Venus y yo habíamos conversado cotidianamente, a través del visófono. La Unión Minera debía de estar gastándose el dinero a chorros, pero, hasta el momento, sus sabuesos no habían obtenido el menor resultado.

A los diez días de la desaparición de Fred, tomé una decisión.

Los sabuesos de Worm-Greeg podían ser buenos, no lo dudaba, pero los de Alström, en mi opinión, eran aún mejores.

Para mí, no había duda: Fred estaba en poder de Alström.

Busqué en el anuario la dirección de la Sociedad Minera de Venus. Me estremecí al pensar en la distancia.

Pero no tenía otro remedio que ir. Resultaba verdaderamente lastimoso que no se me hubiera ocurrido comprarme un reactor individual; era el medio de transporte más generalizado.

El cielo estaba atestado de personas que iban y venían a sus

quehaceres usando tales propulsores individuales. Yo tuve que limitarme a usar el subterráneo, rápido, desde luego, pero que quedaba a dos kilómetros de distancia de la sede de la S.M.V.

Mis padecimientos, sin embargo, no duraron indefinidamente. Una hora después de haber salido de casa, estaba en la conserjería de la S.M.V.

—Anúncieme al profesor Alström —dije—. Soy el ingeniero Peel.

El conserje del edificio, destinado exclusivamente a oficinas y dirección de la empresa, transmitió mi mensaje en el acto. Cinco segundos después recibió la respuesta.

—Cuarto piso, puerta R —me indicó.

—Gracias.

Utilicé el ascensor. Un minuto más tarde, me hallaba en presencia de Alström.

El profesor me recibió con gran afabilidad. Incluso quiso invitarme a una copa, pero no se la acepté.

—Está bien, ingeniero, a su gusto —dijo. Me indicó un sillón y él se sentó tras su mesa, en la que apoyó los codos, para jugar luego con las yemas de los dedos con gesto aparentemente benigno—. Parece ser que ha reflexionado sobre nuestra proposición, ¿no es cierto?

—No —contestó—. Su proposición no necesita ser meditada en forma alguna. Lo único que quiero es que me devuelvan a Fred.

Alström se puso rígido.

—¿Qué es lo que está diciendo? —exclamó, irguiéndose.

Abandoné el sillón y me acerqué a la mesa.

—¡Ladrón! ¡Devuélvame a Fred! —grité.

—Está loco, yo no…

—Si cree que me va a engañar, entonces, el que está loco es usted —grité alborotadamente—. ¿Dónde han escondido a Fred, maldita sea?

Alström se puso en pie. Vi claramente que empezaba a alarmarse.

Observé el gesto de su cara y lo interpreté mal, ya que me envalentoné al pensar que Alström estaba asustado porque yo le había descubierto.

—Le digo que no tenemos a su robot.

¡Zas!

Le castigué la nariz por segunda vez. Alström cayó de espaldas, chillando como un conejo herido.

Pero en aquel mismo instante, algo me golpeó en la base del cráneo.

Me pareció que me habían cortado la cabeza. Todo se hizo confuso en mi interior y caí al suelo. Cuando mi cara llegó a la alfombra, ya había perdido el conocimiento.

No recuerdo cuánto tiempo estuve durmiendo. De pronto, empecé a escuchar voces.

El dolor que sentía en la cabeza se alejó parcialmente. Las voces se hicieron más claras.

—¿Será posible que haya perdido al robot?

Esforcé la memoria auditiva. Era el profesor quien formulaba la pregunta.

—No —contestó el otro sujeto, a quien no tardé en identificar—. Para mí, han sido los Worm-Greeg quienes lo tienen.

Alström lanzó un gruñido.

—Mal asunto, entonces. Ya podemos despedimos del robot, Coratti.

—¿Lo cree usted así? —Coratti rio en tono bajo y siniestro.

—¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Sencillamente, ¿para qué queremos al hijo, si tenemos al padre?

Hubo un momento de silencio. Abrí un ojo. Buscaba el medio de largarme de allí antes de que fuese demasiado tarde.

Las piernas de los dos hombres estaban a metro y medio escaso de distancia. «Espera», me dije.

—¿Crees que Peel podría construirnos un robot análogo? —preguntó Alström.

—Quien hace uno…

—No siempre hace ciento —refunfuñó el profesor.

—Pero a la fuerza debe conservar planos, apuntes… Esas cosas no se construyen a ojo, profesor.

—Tardó muchísimos años en conseguir a Fred como es en la actualidad —objetó Alström.

—Lo sé, y aún en estado normal, es posible que no lo consiguiera, porque la memoria falla parcialmente. Pero hay un sitio en donde los conocimientos que un hombre adquiere permanecen mientras vive. Jamás se borran de su cerebro, profesor.

—El subconsciente.

—Exacto. Un tratamiento con drogas cuando fuese necesario, le haría decimos cuanto nos interesa,

Y dentro de unos meses, tendríamos listo a Fred II. Después…

Alström se acarició la barbilla.

—No es mala idea —convino—. ¿Cuándo empezamos?

—¿A qué? —preguntó en aquel momento una voz fresca y vibrante.

Mi sorpresa fue inmensa al reconocer a Venus Worm-Greeg. Por fortuna, supe dominarme lo suficiente para continuar en el suelo.

—¡Usted! —dijo Coratti rencorosamente.

—La misma —contestó ella en tono jovial. Y le disparó un proyectil paralizante, que lo derribó al suelo casi el en acto.

Alström elevó sus manos.

—No tire, me rindo —dijo.

Yo me senté en el suelo.

—¡Hola! —sonreí.

Venus me guiñó un ojo.

—Entró aquí, como un toro furioso en una cacharrería —dijo—. ¿Por qué lo hizo?

—Creía que ellos tenían a Fred —respondí, poniéndome en pie.

—Ya le dije que era una posición errónea —manifestó ella. Luego volvió hacia Alström—: Profesor, parece mentira que un hombre de su prestigio se mezcle con rufianes y granujas. La S.M.V. es una cueva de bandidos...

—Le molesta la competencia, ¿eh? —dijo Alström sarcásticamente.

—A la Unión Minera no le ha molestado jamás la competencia de nadie. Lo único que no hemos tolerado son los chanchullos y bastardías —contestó ella en tono duro—. Y seguiremos actuando así, les guste o no. Vámonos, ingeniero.

—Sí, señorita.

Nos dirigimos hacia la puerta. Desde allí, contemplé la nariz de Alström.

Estaba agradablemente hinchada. Le miré y dije:

—Hubiera sido capaz de ofrecerle excusas por el golpe que le he propinado, pero después de lo que he oído, lo único que siento es no haberle dado otro puñetazo.

Momentos después, salíamos fuera del edificio. Había un lugar destinado a los propulsores individuales y Venus se dirigió hacia el suyo.

Yo continué andando. Ella me llamó:

—¡Eh! ¿Adonde va, ingeniero?

—Al metro, naturalmente. Yo no tengo propulsor individual...

Venus agitó la mano.

—Venga aquí, le llevaré conmigo.

Me acerqué a ella.

—No la comprendo —dije.

Venus sonreía maliciosamente.

—Muchos hombres darían algo bueno por conseguir lo que usted va a lograr sin el menor esfuerzo —dijo maliciosamente.

La joven vestía un sencillo traje de una sola pieza, de color amarillo rabioso, con botas azul oscuro hasta media pierna. Rápida y diestramente se ajustó los arneses del reactor y luego extendió los brazos hacia mí.

—Vamos, abráceme sin miedo. No soy una vieja, ¿verdad?

—Estos no son momentos de bromear —rezongué Pero un segundo después, ella lanzaba un agudo grito.

—No sea exagerado; me va a cortar la respiración.

Momentos después, nos elevábamos en el aire.

Venus me miró y sonrió.

—¿Qué le parece el medio de transporte? —preguntó.

—Magnífico —contesté, sonriendo.

La ciudad era extensísima y estaba atravesada por los diversos brazos de un río caudaloso. Volábamos a regular altura, sorteando los edificios. No tardé en darme cuenta de que pronto íbamos a salir del casco urbano.

—¿Adonde vamos? —pregunté.

—Por lo que he oído decir, Alström y su esbirro concibieron una buena idea. Nosotros la desarrollaremos también.

—¿Cómo? ¿Pretende que le construya un nuevo Fred?

—Ni más ni menos.

—Ellos hablaron de someterme a la acción de drogas cuando me fallase la memoria.

—Creo que no será necesario, pero, en todo caso, son drogas que no producen efectos secundarios ni perniciosos. Puesto que no sabemos dónde está Fred, la idea, de construir uno nuevo idéntico a él, es la más apropiada en las actuales circunstancias. Y no eche en saco roto que la U.M. le apoya con todo su poderío financiero.

Al principio de mi relato he dicho que, aun sin conocerla personalmente, amaba a Venus Worm-Greeg. Pese a todo, hay cosas que un hombre que se precie de tal, no puede consentir, so pena de convertirse en un pelele, todo lo bien pagado que se quiera, pero pelele al fin y al cabo.

—Conmigo se equivoca —respondí secamente—. La única droga que me gusta es un buen vaso de vino de cuando en cuando, pero de las otras, ni hablar. Así que, con su permiso, me volveré a mi casa y…

Venus lanzó un grito.

—¿Adonde va, tonto?

Demasiado tarde me di cuenta de que no caminábamos sobre una superficie sólida, sino que estábamos en el aire. Para entonces, me precipitaba en el vacío, por haber deshecho el abrazo que me unía a la joven.

CAPÍTULO VI

Descendí con velocidad aterradora. El cielo y la tierra voltearon vertiginosamente a mi alrededor. De cuando en cuando, en visiones que duraban fracciones de segundo, podía divisar a Venus.

Ella reaccionó prestamente. Luego lo supe.

Apenas me vio caer, dio la vuelta y se colocó con los pies hacia arriba, como si fuese a lanzarse a nadar. Luego aumentó la potencia de eyección de su reactor y se arrojó hacia abajo a gran velocidad.

Alargó una mano. En medio de los silbidos del viento, que atronaban mis oídos, escuché su voz:

—Estire el brazo, Tony.

Hice lo que me decían. Sentí el consolador contacto de su mano.

Venus tiró de mí. Pero mi peso, aumentado por la inercia de la caída, resultaba excesivo para su reactor individual.

Lo único que consiguió, y no es poco, fue aminorar la velocidad de descenso. Pero, de pronto, con gran estrépito, nos hundimos en el agua de uno de los brazos del río.

Ella me soltó. No soy buen nadador, pero valgo para salir de un apuro. Taloneé enérgicamente y me remonté a la superficie.

La cabeza de Venus apareció a pocos pasos de distancia. Ella me miró con expresión indignada.

—¡Sabio distraído! —me apostrofó. Y luego, poniendo nuevamente en marcha su propulsor, se acercó raudamente a la orilla.

Yo tuve que llegar nadando. Cuando puse el pie en tierra firme, ella agitaba sus cabellos, sacudiéndolos enérgicamente para expulsar el agua que se los había mojado por completo.

El reactor yacía en el suelo. Venus me miró con expresión de enojo durante algunos segundos, pero, de pronto, se echó a reír.

—En medio de todo, ha sido gracioso —dijo,

—Para usted —refunfuñé—. Yo he pasado un susto tremendo.

—Pero ha salido bien. De no haber caído en el río, ahora estaríamos los dos con todos los huesos rotos.

—Es lo mismo. No crea que no se lo agradezco; sin su frenazo, tampoco la llegada al agua habría tenido nada de agradable. Pero ello no significa que me vaya a comprometer con usted.

Venus frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó.

—Sencillamente, que abandono este maldito asunto y me largo.

—Usted no puede hacer eso —protestó—. Existe un compromiso...

—Un principio de compromiso —atajé—. Y sólo verbal, así que lo doy por cancelado y me marcho. Adiós.

Estábamos en medio de los campos. Los primeros edificios de la ciudad se hallaban a unos quinientos metros. Rompí a caminar sin volver la cabeza atrás ni una sola vez.

Sentí una ligera decepción. Esperaba que ella hubiera corrido detrás de mí, suplicándome y prometiéndome qué se yo cuáles espléndidos beneficios, pero me equivoqué.

Cinco minutos y doscientos metros después, me volví.

Venus había desaparecido.

Suspiré.

«¿Cómo es posible que, estando enamorado de esa beldad, la hayas dejado escapar?», me pregunté.

El orgullo, supongo. Tal vez no quería arriesgarme a recibir una negativa.

De momento, ella no parecía muy inclinada al matrimonio. Y luego era preciso considerar quién era y su posición.

Debía olvidarla, fue la conclusión a que llegué tras unos momentos de amargas reflexiones.

Afortunadamente, hacía buen tiempo y mis ropas repelían los líquidos. Poco después, me había secado.

Sin embargo, estimé que necesitaba un baño. Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue meterme en la bañera.

Eché de menos a mi fiel Fred. Estaba mal acostumbrado; el robot había llegado a conocerme tan bien, que adivinaba mis menores deseos. Ya hubiera tenido listo el baño y, mientras tanto, me hubiese preparado la cena...

Melancólicamente, entré en el secador. Luego me puse un holgado y cómodo traje de una sola pieza, metí los pies en unas zapatillas y pasé al salón.

Llené una copa y saboreé su contenido a pequeños sorbos. De pronto, reparé en algo que no había visto a mi entrada en la estancia.

Sobre la mesita que había junto al diván, vi un papel blanco, sujeto por una cajita cuadrada, negra, de tamaño doble del de un paquete de cigarrillos. Invadido por la curiosidad, dejé la copa a un lado y me acerqué a la mesita.

Levanté la caja. La cuartilla estaba doblada en dos. La extendí y, con enorme asombro, leí el contenido del mensaje que Fred me había dejado:

Señor: Los planos para la construcción de un nuevo robot están en los carretes de microfilme contenidos en la adjunta cajita. Es posible que tardemos en volver a vernos; no obstante, haré todos los posibles por regresar un día a su lado. Ruégole disculpe las molestias que mi conducta pueda ocasionarle y tenga la seguridad de que todo cuanto hago es en beneficio suyo y de la señorita Venus.

Respetuosamente suyo, Fred.

Un moscardón zumbaba sobre mi cabeza, pero no le presté la menor atención, invadido por un enorme asombro.

Las preguntas se agolpaban en mi mente. ¿Dónde estaba Fred? ¿Cómo había obtenido él «sus» propios planos? ¿Qué hacía ahora? ¿Cuáles eran sus proyectos? ¿Dónde se encontraba en aquellos momentos?

El moscardón seguía zumbando. Su ruido me irritó.

O quizá era que no podía contestarme a ninguna de las preguntas que yo mismo me había formulado.

Busqué algo para espantar al insecto y lo conseguí, utilizando un periódico. Luego cerré la ventana.

Una vez más, releí el mensaje.

Una cosa había clara en aquel asunto: Fred trataba de ayudamos pero, ¿por qué también a Venus Worm-Greeg?

Instintivamente, supe que debía tener confianza en él.

La cena que me preparé, aun mal guisada y peor condimentada, me supo a gloria.

Dormí como hacía muchos días que no dormía. Mi sueño duró, de un tirón, toda la noche.

A la mañana siguiente, tras el aseo correspondiente y después de desayunar, me puse en contacto con Venus.

Tuve que salvar las barreras de dos doncellas, un ama de llaves y un mayordomo. Al fin, Venus accedió a que le pasaran la comunicación a su dormitorio.

El visófono me permitió ver que desayunaba en la cama. De otra mujer, habría pensado cosas poco gratas; pero sabía que Venus era capaz de realizar cualquier faena, por baja o ruda que fuera, sin descomponer el gesto ni una sola vez. No hablemos ya de su valor y audacia, por lo que era comprensible que, si estaba tomándose un descanso, le gustara hacerlo a fondo.

Como todas las empresas en que tomaba parte. Siempre llegaba hasta el fin.

—Hola —saludé con desparpajo—, A ver cuando inventan el odorífono.

Venus puso cara de circunstancias.

—¿Qué?

—Sí, un aparato que transmita, además del sonido y la imagen, los olores. Esos huevos con jamón tienen un aspecto exquisito.

Ella me contempló con aire desconcertado.

—¿Es usted el mismo de la víspera?

—Creo que sí. —Puse la caja de los microfilms delante del objetivo—. ¿Ve esto?

—Los planos de Fred.

Hubo un momento de silencio. Luego, Venus apartó la bandeja a un lado.

Preguntó:

—¿Cuándo nos vemos?

—Espéreme en su casa. ¿Le parece bien?

—Magnífico. Hasta ahora, ingeniero.

—Oiga, ayer me llamó Tony —dije audazmente.

—Eso fue ayer y se me escapó —respondió ella, en un tono que me pareció como si me hubieran arrojado un jarro de agua fría por encima del cogote.

A pesar de todo, ya no podía ni quería echarme atrás. Terminé de vestirme, puse la caja con los microfilmes dentro de una cartera de negocios y me dirigí hacia la puerta.

Cuando salí a la calle, un moscardón zumbó dos o tres veces a mi alrededor. Agité la mano malhumoradamente, echando pestes contra los servicios municipales de higiene, y luego me dirigí en busca de la boca del ferrocarril subterráneo.

Una hora después, Venus y yo habíamos llegado a un acuerdo.

—Se le instalará un laboratorio en un ala de nuestras fábricas —dijo—, Podrá trabajar a su gusto y todo cuanto pida le será facilitado sin discusión.

—¿Cómo andan de aluminio venusino? —pregunté.

—Podemos suministrarle toneladas —respondió ella,

—Con cincuenta o sesenta kilos tendré más que suficiente. Los tensores de Fred son del viejo duraluminio y quiero hacer una prueba sobre ahorro de peso, lo cual redundaría en un aumento de circuitos, entre otras cosas.

Venus aprobó mi idea.

—Tiene plena libertad de acción, ingeniero —respondió—. ¿Necesita algo más?

—Sí, un ayudante. Pero habrá de ser persona de confianza.

—Lo encontraremos. ¿Eso es todo?

—Por mi parte, sí. Ahora yo tengo que arreglar la cuestión de mi empleo en la *Milton Authomatic*...

—No se preocupe por eso; nuestros abogados arreglarán el asunto. Dígame ahora, ¿qué sueldo quiere ganar?

Me quedé cortado. Era algo en lo que no había pensado.

—Desde luego —añadió ella—, tendrá los diez millones, apenas hayamos probado al nuevo robot. Pero mientras tanto, tiene que vivir.

—Poseo algunos ahorros...

—No nos gusta que nadie trabaje gratis para nosotros. ¿Cuánto ganaba en la Milton?

Cité una cifra. Inmediatamente, ella dijo:

—Recibirá un veinte por ciento más.

Me decepcionó su respuesta. Ella debió de verlo en mi cara, porque me preguntó:

—¿Es que le parece poco, ingeniero?

—No. Ciertamente, es un sueldo magnifico y me sobra para cubrir mis necesidades. Por supuesto, no pediré aumento, pero me ha defraudado.

—¿Por qué?

—Yo creía que la U.M. seria más generosa. Esperaba que me dijese que mi sueldo quedaba doblado automáticamente.

—Nos gusta pagar bien, de acuerdo con los merecimientos de cada uno, pero no nos agrada pagar más de lo que se debe. Tenga en cuenta que recibirá diez millones al final...

—No siga —suspiré—. Ahora comprendo por qué no se ha casado.

Venus me miró curiosamente.

—¿Por qué dice eso, ingeniero?

—Usted no me entendería. En fin —dije melancólicamente—, le he dado mi palabra y la cumpliré. Avíseme cuando tenga el local listo; quiero vigilar personalmente la instalación y el montaje del laboratorio. Ah, y avise también para entonces a mi ayudante.

Una doncella nos interrumpió de pronto.

—Señorita, el profesor Buly —anunció.

—Hágale pasar, Mildred —contestó la joven. Me tendió la mano —. Ha sido un placer, ingeniero.

—Para usted, no hay duda —dije.

Buly entró en aquel momento. Era un sujeto alto, fuerte, arrogante, de aspecto pretencioso, orgulloso de su apostura varonil. Me pregunté cómo Venus podía continuar mirándole a la cara después de lo ocurrido en el desierto marciano.

Venus avanzó hacia él, con una sonrisa radiante en los labios, y se colgó de su brazo.

—¿Cómo estás, querido? —saludóle con voz llena de afecto—. Permíteme que te presente al ingeniero Peel. Ingeniero, el doctor Francis Buly.

Incliné ligeramente la cabeza.

—He oído hablar de usted, doctor —manifesté.

—He realizado algunos trabajos que me han conferido una cierta fama —contestó Buly, con falsa modestia.

—Por supuesto —dije. Miré a Venus—. Mis cumplimientos, señorita Worm-Greeg. ¿Es indiscreto por mi parte preguntarle la fecha de su boda?

—No es indiscreto —sonrió ella—. Lo que pasa es que aún no la hemos acordado, ¿verdad, Francis?

—Quizá lo hagamos hoy —contestó el arqueólogo, ciñendo su brazo en tomo al talle de Venus con ademán claramente posesivo.

—En tal caso —dije, inclinándome de nuevo—, les dejo solos para que puedan deliberar sobre tan importante acontecimiento sin el estorbo de un testigo inoportuno.

Y salí.

CAPÍTULO VII

El hombre, a veces, siente placer en su propio dolor. Algo de eso me pasaba a mí, porque, después de lo que vi en casa de Venus, debiera haber enviado a la U.M., a los robots y a la robótica al cuerno.

Pero no lo hice. Quizá era que «disfrutaba» sintiéndome un enamorado desdeñado por la dama de sus sueños, la cual se convertiría dentro de poco tiempo en la señora Buly.

Yo me preguntaba —y cada vez que me lo preguntaba, 1o entendía menos—, qué demonios había podido ver Venus en aquel saco de hinchada vanidad que era Francis Buly. Uno habría podido explicarse que ella le amase, si hubiera sido salvada por él en el desierto marciano. En tal caso, el agradecimiento habría tenido una buena parte en sus sentimientos hacia Buly.

Pero había sido todo lo contrario: Venus había salvado a Buly. ¿Cómo una muchacha tan perspicaz como ella había podido dejarse engatusar por semejante imbécil? Tal vez, me decía, Venus tenía sumamente desarrollado el instinto maternal; hay mujeres que se casan, sintiendo subconscientemente el deseo de proteger al hombre que va a ser su esposo.

Buly había sido débil en Marte. Ella lo había salvado. Así, pues, ésta parecía la única explicación para el que yo creía disparatado matrimonio.

¡Y pensar que había aceptado la dirección del asunto de los robots sólo porque estaba enamorado de ella!

Era como para tumbarse de risa. Si yo hubiese sido otra clase de hombre, habría mandado a paseo inmediatamente a la U.M. Pero había dado ya mi palabra y no quería volverme atrás.

Por supuesto, la U.M. se portó conmigo tal como Venus había dicho: no me regateó absolutamente nada. Cualquier cosa que pidiera, se me facilitaba inmediatamente, aparte de que me abrieron una cuenta para que yo la manejase a mi antojo y pudiese realizar las adquisiciones necesarias, sin precisión de radiadores.

De momento, empecé con un ayudante, un joven avispado y emprendedor, llamado Duke McNab, con su carrera de ingeniero

electrónico recién terminada y, por si fuera poco, magnífico delineante.

Empezamos a trabajar. Ya había dado orden también de realizar, en los laboratorios de la fábrica, los pertinentes ensayos de la nueva aleación de acero y aluminio venusino. Mientras tanto, y aprovechando los planos que el buen Fred me había dejado, íbamos construyendo otras partes que estimábamos podíamos realizar nosotros en persona.

Asimismo me enviaron varias clases de plástico para elegir el más conveniente para la envoltura «carnal» de Fred II, junto con los resultados de las pruebas realizadas en los laboratorios: resistencia al roce y al calor, comportamiento con los líquidos, etc. De momento, esto era algo, sin embargo, que no me corría prisa.

El cuarto de dibujo se hallaba situado en un piso relativamente alto, desde el que se dominaba un bonito paisaje. La fábrica estaba en el campo y las ventanas de la estancia daban al río, que corría mansamente a unos trescientos metros de distancia.

Aquel día, yo llegué el primero. Me quité la blusa-chaqueta y quedé en mangas de camisa. Hacía un tiempo espléndido y ello me permitía ir con pantalones cortos.

Abrí las ventanas y respiré el aire puro. Así estaba cuando llegó mi ayudante.

—Hace calor, ¿eh? —dijo McNab.

—Un poco —admití. En efecto, hacía un tiempo espléndido.

—Bueno, hay aire acondicionado. Quizá estaría más fresco cerrando las ventanas —sugirió el muchacho.

—Entonces, respiraría aire demasiado puro —contesté, con una sonrisa —. Me gusta más el aire que entra libremente por las ventanas.

—En eso tiene usted razón, señor Peel. Por cierto, ¿sabe las últimas noticias?

—No. ¿Qué ocurre, Duke?

—Parece ser que los técnicos y operarios de la U.M. en Venus se han declarado en huelga.

—¿Piden más sueldo?

—No. Creo que se han enterado de que van a ser sustituidos por robots. Naturalmente, a un hombre no le hace gracia el saber que se va a quedar en la calle.

Miré a Duke con aire perplejo.

—Muchacho, ¿cómo se han enterado, si es una cosa secreta? —dije.

McNab se encogió de hombros.

—No lo sé, ingeniero. Yo no se lo he dicho a nadie... pero no somos nosotros los únicos que lo sabemos.

Asentí. McNab tenía razón.

Los sabían Venus y su padre. Era razonable presumir que algún alto empleado de la U.M. conocía el asunto que llevábamos entre manos. El señor Worm-Greeg, a la fuerza, debía de tener algún colaborador de toda su confianza, a quien no le había sido posible ocultar el intento de fabricación de robots en gran escala.

Además, había otro que lo sabía. Luego diré quién era.

Un moscardón entró zumbando a través de la ventana y revoloteó por la habitación. Duke estaba ya inclinado sobre su mesa de dibujo.

Me fui al otro extremo, donde estaba construyendo unos circuitos con un hilo conductor tan delgado, que hubiera necesitado veinte de ellos para alcanzar el grosor de un cabello. Tan delgado era, que debía usar unas gafas especiales, con potentes cristales de aumento, para verlo sin dificultad.

El moscardón revoloteó a mi alrededor, zumbando sonoramente. Lancé una maldición.

—¡Mañana me traeré una pala matamoscas!—barboté colérico.

—¿Y por qué no un pulverizador de insecticida? Ahí, en el armario, tengo yo uno... —sugirió McNab.

—Lo usaré, aunque sin esperanza. Estos insectos están ya tan mutados, que sólo un buen palazo puede destruirlos.

Eché un poco de insecticida. El moscardón salió huyendo.

—No le gusta el olor —mascullé, pero no por ello había desistido de la primitiva idea de la pala matamoscas.

El trabajo continuó en la forma acostumbrada. Al caer la tarde, cerramos todo y nos fuimos a casa.

Un buen baño me relajó los nervios. Después cené abundantemente. Cuando terminaba, llamaron a la puerta.

Abrí. Un hombre me saludó cortésmente.

—¿Cómo está, ingeniero? ¿Molesto?

—En absoluto, señor Horton. Pase, por favor. ¿Whisky?

—Sí. Dos dedos, con otro tanto de tónica.

Preparé la bebida y le entregué el vaso.

—¿Bien? —dije.

Horton movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, ingeniero. Hasta ahora, nada —contestó.

Hice una mueca de rabia.

—Ese maldito robot… —mascullé—. Piensa y siente ya como una persona…, pero hay cosas para las cuales no está preparado, por muchos conocimientos que tenga almacenados en sus circuitos memotécnicos.

Horton apuró la bebida. Era un detective particular a quien yo había contratado por mi cuenta, para que averiguase el paradero de Fred.

No eran baratos sus servicios, pero si me encontraba a Fred, me ahorraría muchos quebraderos de cabeza.

—Así opino yo, ingeniero —convino—. De todas formas, si se cambió de aspecto, poco podremos hacer. Y usted lo fabricó sin huellas dactilares, ¿verdad?

—Hasta ahí podíamos haber llegado —refunfuñé.

—Lo siento, porque tengo buenos amigos en la policía y eso nos hubiera ayudado bastante. En fin, haré lo que pueda… y le avisaré

apenas tenga la menor noticia al respecto.

—Gracias, señor Horton. ¿Necesita dinero?

—Por ahora, no —sonrió el detective —. Adiós, ingeniero.

Aquella noche, permanecí desvelado durante mucho rato. ¡Condenado Fred! Pero no sólo pensaba en él, sino también en Venus. ¿Por qué no se había anunciado ya la noticia de su boda?

El trabajo continuó normalmente al otro día. McNab me confirmó las noticias sobre la huelga en las explotaciones de bauxita de la U.M., en Venus.

—Eso no nos concierne a nosotros —dije yo.

—¿Y si suspenden lo que estamos haciendo, bajo la presión del Sindicato?

—Amigo Duke, cada vez que se ha inventado una máquina que ahorraba hombres, se han producido las protestas de rigor. La automatización de la minería en Venus por medio de robots es algo que ocurrirá, por muchos huelguistas que haya. Lo único que conseguirán será una reconversión en sus empleos... para acabar construyendo robots.

McNab se echó a reír.

—No es mala idea —dijo.

—Además, dadas las condiciones de vida en Venus, los robots harán el trabajo mucho mejor que los humanos.

—Eso es cierto —convino el muchacho. Y ya no se habló más del asunto.

Continuamos el trabajo. A media mañana, recibí una visita inesperada. Era Venus. La joven parecía bastante preocupada.

—¿Cómo marcha el trabajo? —preguntó, tras los primeros saludos.

—No podemos quejamos, pero pasará tiempo antes de que pongamos en funcionamiento el primer robot —informé.

—¿Cuánto?

—Menos de dos meses, de ninguna manera —dije.

Ella hizo un gesto de desagrado.

—¿Le molesta? —pregunté.

—Estoy preocupada —confesó.

—¿Por la huelga de los mineros?

—Sí. No sé cómo se han enterado…

—Alguien propagó la noticia. Averigüe quién de sus amistades, o de las de su padre, conocía los trabajos que hemos iniciado.

Venus se mordió los labios.

—Lo haré, se lo prometo —contestó.

De pronto, escuché un zumbido que ya se me había hecho familiar.

—Aguarda, maldito —dije entre dientes.

Tenía la pala matamoscas, de cuya compra no me había olvidado, bajo el tablero de una mesa. McNab me miró divertidamente. Venus estaba atónita.

El moscardón seguía zumbando. Era grande, casi parecía un escarabajo por el volumen.

Esperé unos instantes. Luego…

¡Zas!

—¡Fuera, villano! —dije, empujándolo al suelo, fuera de la mesa, con un extremo de la pala.

McNab reía a mandíbula batiente. Venus me miró con cara de circunstancias.

—Esto es más seguro que el insecticida —dije, dejando la pala en su sitio—. Prosiga, señorita Venus—dije.

—Ya no tengo más que decirle, ingeniero. Ah, sí, me había olvidado de ello. Mi padre le ha invitado a cenar mañana. ¿Querrá asistir?

—¿Irá usted?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta? —dijo ella, extrañada.

—Bueno, veré si tengo tiempo libre —contesté—. Con su permiso; debo continuar mi trabajo.

Y continué enrollando cable.

Ella se marchó, tras unos segundos de vacilación.

—Es muy guapa —dijo McNab.

—¡Bah! Como ella, a miles —contesté desdeñosamente.

Mi ayudante tosió.

—¿Se siente mal? —pregunté.

—No. Sólo tosía.

Le miré de soslayo. McNab estaba muy serio, pero me pareció que interiormente se carcajeaba de mí.

Al día siguiente, no sin maldecirme mil veces por mi estupidez, me vestí para la cena.

—Anda —me dije, mientras me miraba en el espejo—, ve a cenar a casa de tu patrón y «disfruta» viendo cómo Venus y ese pedante llamado Buly se hacen arrumacos.

Acudí a la cena. Era una fiesta íntima; sólo estábamos una docena de invitados.

Naturalmente, no podía faltar Buly. Los ojos se le iban tras Venus, que estaba radiante de belleza.

La cena transcurrió en un ambiente cordial y agradable para todos menos para mí. Empecé a pensar que me convenía desalojar mi corazón de sentimientos que sabía no iban a ser correspondidos.

Estábamos a punto de terminar, cuando una doncella vino con un visófono en la mano.

—¿Ingeniero Peel? —preguntó.

Me volví hacia ella.

—Por favor —dije.

La chica me puso el visófono sobre la mesa. Inmediatamente vi en la pantalla a mi ayudante.

McNab estaba muy preocupado; se le veía claramente en el rostro.

—¿Puede venir al laboratorio, ingeniero? —preguntó.

—Si es urgente…

—Lo es, señor. Haga el favor de venir cuanto antes. Lo siento, pero no puedo ser más explícito, mientras usted no esté aquí.

—Muy bien, Duke; iré ahora mismo.

McNab cortó la comunicación. Me puse en pie.

—Les ruego me disculpen —dije.

Venus se incorporó también.

—Ingeniero, si no le importa, yo le acompañaré manifestó.

—No puedo negarme a ello —respondí.

Venus se volvió hacia el arqueólogo.

—¿Vienes, Francis?

—Con mucho gusto, querida —accedió Buly.

CAPÍTULO VIII

Durante el viaje, que hicimos en el helicóptero particular de Buly, Venus me preguntó qué podía haber ocurrido para que mi ayudante me llamase con tanta urgencia.

Yo le respondí que no tenía la menor idea. Y así era, porque ni siquiera McNab sabía que tenía a Horton empleado, con lo que el posible hallazgo de Fred quedaba descartado.

A menos que el propio Fred se hubiese presentado en el estudio por sí mismo. Pero esto no pasaba de ser una descabellada especulación. Fred desconocía en absoluto mi nuevo lugar de trabajo.

Llegamos al laboratorio media hora después. A veces, McNab, que se había tomado su labor con gran afán, se quedaba largas horas completando algún diseño que no quería dejar sin concluir para el día siguiente. Esa noche era una de ellas.

McNab torció él gesto cuando vio la compañía que yo traía.

—Lo siento —dije—. No he podido evitarlo.

—El doctor Buly es de toda mi confianza —manifestó Venus—. Hable, señor McNab.

El muchacho me miró un segundo. Luego, encogiéndose de hombros, dijo:

—Vengan.

Nos llevó a una mesa, sobre la que, encima de un papel blanco, vi el moscardón que había matado yo el día anterior.

Venus hizo un gesto de repugnancia.

—¿Sólo para eso llamó al ingeniero? —preguntó, con acento de disgusto.

—¡Qué asco! —dijo Buly remilgadamente.

Miré a McNab.

—Hable, Duke —invité.

—No es un insecto natural, señor —respondió el muchacho —. Nos han estado vigilando por este procedimiento durante todo el tiempo.

Me quedé sin habla.

—¿Cómo? —gritó Venus.

McNab tomó unas pinzas. Delicadamente, partió en dos el cuerpo del supuesto insecto.

—Puede que lo que voy a decir les repugne, pero no tengo otro remedio que explicarlo así —dijo—. Hace unas horas, después que el ingeniero se hubo marchado, vi en el suelo el cadáver del moscardón que el señor Peel mató ayer.

—Lo recuerdo perfectamente —declaró Venus—. Siga, por favor.

—Bueno, como aquí no entra nadie salvo nosotros… Incluso nos hacemos la limpieza, agarré unas pinzas y me dispuse a echarlo a la basura. Debí de cogerlo mal, porque se me resbaló, cayó al suelo… e hizo demasiado ruido.

»Eso me intrigó. Un insecto de ese tamaño no es tan pesado como para hacer tanto ruido al chocar contra el suelo. Volví a recogerlo y lo puse bajo una lupa. Luego tuve que usar el microscopio.

Contuve el aliento. Me imaginaba fácilmente lo que McNab iba a decir a continuación.

—El supuesto moscardón no es sino una microcámara perfeccionadísima, que recoge en un hilo magnetofónico imagen y sonido. El hilo grabador tiene un grosor de unas cinco centésimas de milímetro y el magnetoscopio puede funcionar una hora seguida sin interrupción. El resto son los mecanismos de propulsión, que funcionan con energía transmitida inalámbricamente. Eso es todo… salvo que es fácil suponer lo que sucede con la grabación, una vez el moscardón ha vuelto al lugar de donde salió.

Miré a la joven. Venus y yo nos comprendimos sin necesidad de palabras.

—Eso significa —dijo ella—, que Alström y los suyos están ahora en posesión de todos los planos.

—Más o menos —concordé.

—Pero, ¿cómo pueden encerrar en un lugar tan diminuto unos aparatos semejantes? —preguntó el arqueólogo.

—La miniaturización ha hecho progresos sorprendentes —contesté—. Si hace dos siglos ya, en la segunda mitad del XX, se construían anillos que eran receptores de radio, pongo por ejemplo de aparatitos miniaturizados, ¿qué no se puede construir doscientos años más tarde?

—En efecto, tiene razón —convino Buly, admirado—. ¿Quiénes son ellos, Venus?

—El ingeniero ya lo ha dicho —respondió ella preocupadamente —: Alström, que es la eminencia gris de la S.M..., y sus secuaces, claro.

Miré a McNab.

—Duke, habremos de tener cerradas las ventanas a partir de ahora —dije.

El muchacho sonrió.

—Será cosa de destinar una partida del presupuesto a paletas matamoscas —contestó de buen humor—. Tuvo usted una buena idea al recurrir a un método tan primitivo.

—Sí, pero todo esto nos lo habríamos ahorrado, si yo no hubiese insistido en tener abiertas las ventanas —mascullé—. Aunque ya hace tiempo que debí haberlo sospechado; no era la primera vez que veía volar moscardones a mi alrededor.

Me volví hacia Venus.

—De todas formas, los trabajos no están completados, así que no han logrado su propósito.

Hubo un momento de silencio. Luego, Venus, simplemente, contestó:

—Hablaré con mi padre de este asunto. Buenas noches.

Y se marchó, escoltada por el arqueólogo.

McNab y yo nos quedamos solos.

—¿Qué opina, ingeniero? —preguntó el muchacho.

—Sencillamente, que es un asunto de millones y que hay gentes sin escrúpulos, dispuestas a todo, con tal de ganar la partida —contesté.

* * *

Venus me sorprendió al día siguiente, compareciendo en mi casa después de la jornada de trabajo.

Ella vestía con elegante sobriedad: blusa cerrada, sin mangas, pantalones ajustados y botas de medio tacón y caña ancha y blanda, que se doblaba hacia abajo negligentemente. En la mano llevaba un bolso de discreto tamaño.

—¿Le causa asombro mi visita? —preguntó, después de saludarme.

—Me asombra verla sola —dije—. ¿Una copa?

—Bueno —aceptó—. Francis tenía trabajo —explicó.

—Es raro —comenté mientras llenaba las copas—. Aún no he visto anunciada su boda.

—No hay prisa —respondió ella evasivamente—. Además, estoy preocupada,

—Me lo imagino. ¿Qué dijo su padre? —inquirí, tendiéndole una copa.

—Se puso furioso. Dijo que hablaría con Frankirschen.

—¿Quién es ese tipo?

—El presidente de la S.M. Alström es el ejecutivo científico, pero mi padre dice que Frankirschen aprueba incondicionalmente cuanto hace Alström.

Bebí un trago.

—Tendré que castigarle la nariz de nuevo —mascullé—. Esos tipos no descansarán hasta que les propinemos un buen escarmiento.

—No podemos contratar asesinos —alegó ella.

—Desde luego, pero...

El zumbido del visófono me interrumpió bruscamente.

—Perdóneme —dije.

Abandoné el sillón y me acerqué al visófono. Al dar el contacto, pude ver el rostro de Horton.

—Ingeniero Peel —dijo.

—Hable, señor Horton.

—Venga inmediatamente a mi casa, haga el favor.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento. No puedo ser más explícito. Dese prisa o llegará tarde, se lo ruego.

Y cortó.

Venus había escuchado el breve diálogo. Se puso en pie de un salto y corrió hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Quién es ese hombre? —inquirió con vehemencia.

A Venus no podía ocultarle ya la existencia de Horton.

—Es un detective privado a quien yo contraté personalmente para que averiguase el paradero de Fred —respondí.

Venus se sorprendió.

—No lo sabía —declaró—. ¿Por qué no me lo dijo antes?

—Fred es mío, ¿no? Por lo tanto, también tenía derecho a efectuar pesquisas por mi cuenta.

—Tiene razón —convino ella, mordiéndose los labios—. ¿Me permite que le acompañe?

—¿En reactor individual?

—Debiera haberse comprado ya uno —dijo Venus, amostazada, encaminándose hacia la puerta.

—Claro —contesté sarcásticamente —. Ahora es la prometida de Buly y no le gusta que otro hombre la abrace.

Ella se volvió con rapidez hacia mí y me lanzó una mirada fulminante.

—¡Estúpido! —me apostrofó.

—Como quiera —respondí—. Pero no iré con usted.

—¿Sólo porque Buly es mi prometido?

—No me gusta ese medio de transporte, se lo he dicho otras veces. Iré por mis propios medios.

—No le dejaré solo —manifestó Venus, abriendo la puerta—. Usaremos el mismo vehículo los dos.

—¿Qué dirá el gallardo y hueco Francis Buly cuando se entere? —pregunté irónicamente.

—¿Piensa contárselo usted?

—¿Yo? Buly no me importa en absoluto.

Entramos en el ascensor.

—Pues para no importarle, no se le cae su nombre de los labios —contestó Venus agudamente.

—Descuide, no lo volveré a mencionárselo más —dije en tono seco.

En la calle, tuvimos la suerte de encontrar un helitaxi desocupado. Era una clase de vehículo cada vez más en desuso, dado que todo el mundo utilizaba los reactores individuales o los transportes colectivos: aceras deslizantes y ferrocarriles subterráneos. Pero siempre habrá personas a las que le gusta ser transportadas por otro y, por dicha razón, aún subsistían los helitaxis.

El aparato se remontó raudamente y su conductor eligió el canal que nos conduciría a la casa donde vivía el detective. Un cuarto de hora más tarde, el vehículo descendía junto a la acera.

Aboné el importe de la carrera. Venus y yo salimos fuera.

Era de noche. La ciudad estaba brillantemente iluminada.

El ascensor nos llevó al piso décimo cuarto, que era donde Horton tenía su residencia y su oficina. Una vez en el corredor, busqué la

puerta del apartamiento.

Llamé a la puerta. Esperamos unos momentos.

—No contesta nadie —dijo Venus.

—¿Habrá salido? —murmuré a media voz—. En tal caso, la llamada no habría tenido objeto...

—Quizá ocurrió algo después de llamarle a usted, que le obligó a salir —apuntó Venus.

Volví a llamar. De pronto, Venus, resueltamente, hizo girar el pomo de la puerta.

—¡Está abierta! —exclamó, sorprendida.

Cruzó el umbral.

Yo la seguí. Las luces del apartamiento estaban encendidas.

Cruzamos el vestíbulo, que era también sala de espera para los clientes. No tardamos en encontrar a Horton.

Estaba muerto. Y su muerte no había tenido nada de agradable.

Le habían disparado con una pistola neurónica a corta distancia. Su rostro deformado por las convulsiones de la agonía, sus dedos engarfiados y sus miembros contorsionados en raras y antianatómicas posturas, indicaban sobradamente los horribles sufrimientos padecidos antes de morir.

Venus exhaló un gemido. Era animosa, pero la vista de aquel espeluznante cuadro impresionaba a la persona más esforzada.

Guardé silencio unos momentos. Empecé a obtener mis deducciones.

Horton no había muerto instantáneamente. Le habían torturado mediante descargas de la pistola neurónica a baja tensión. De haberle disparado una descarga con toda la energía del arma, habría quedado fulminado en el acto, por destrucción instantánea del sistema nervioso.

Las descargas en baja tensión provocaban unos horribles dolores. De este modo, sospeché, habrían obtenido de Horton una confesión completa.

Pero, ¿qué secreto le habían arrancado?

—¿Por qué le asesinaron, Tony? —preguntó Venus, vuelta de espaldas al cadáver.

—Estoy seguro de que encontró una pista de Fred —manifesté—. Recuerde el moscardón espía, Venus.

—Sí —dijo ella.

—Bien, en tal caso, le siguieron tenazmente durante mucho tiempo hasta que juzgaron llegado el momento.

—Y entonces, le torturaron y luego le dieron muerte.

—Exactamente.

—¿Quiénes?

—¡Qué pregunta! —dije con amargura—. Alström, Coratti...

—Hemos tardado un cuarto de hora en llegar. ¿Es posible que, en un espacio tan breve, hayan tenido tiempo de torturarle, arrancarle el secreto de lo que sabía y luego darle muerte?

—Los hechos lo demuestran —respondí—. Por otra parte, un hombre sometido a la acción de una pistola neurónica, no resiste mucho. Antes de un minuto, dice todo lo que quieren sus verdugos conocer.

Ella asintió. De pronto, reparó en un trozo de papel que había en el suelo, entre los pies del cadáver, que estaba sentado en su sitio de trabajo.

Se inclinó y, venciendo su repugnancia, recogió el papel.

—Mire, Tony —dijo.

El tamaño del papel era la cuarta parte de una octavilla, aproximadamente. Parecía un trozo de hoja de una agenda de notas.

Había escritos un nombre y unas cifras, además de una inicial. Lo leí en voz alta:

—Fred... 4040-3715, V... ¿Qué significan estas letras? —exclamé, profundamente intrigado.

Venus reflexionó durante unos momentos.

—¡Espere! —dijo de pronto—. Ya lo sé.

Miré a Venus con interés. Ella continuó:

—Cada parcela minera de Venus está inscrita y señalada bajo dos grupos de letras, pares e impares siempre en cada grupo. Los antiguos conceptos de Norte, Sur y demás, han sido desechados allí en la demarcación de parcelas mineras.

—Usted lo sabe mejor que yo —dije—. Y ¿qué más?

—Pues es bien sencillo: ya sabemos que Fred está en Venus, en la parcela minera señalada con las cifras indicadas.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y qué demonios hace Fred allí? —exploté al cabo.

Los ojos de la muchacha se iluminaron.

—¿Por qué no vamos a averiguarlo en persona? —sugirió.

CAPÍTULO IX

La proposición de Venus me dejó perplejo unos momentos.

—Bien —dije al cabo—, el plan no me disgusta en principio, pero antes de hacer nada, tenemos que averiguar dos cosas.

—Primera —pidió Venus resueltamente.

—Saber dónde está la parcela.

—Muy bien. No es difícil. Diga la segunda.

—Averiguar cómo demonios ha conseguido llegar un robot hasta Venus.

—En una astronave, por supuesto.

—Sí, claro, pero, ¿qué diablos ha hecho para pasarse por un humano y conseguir el dinero para el pasaje?

—Bueno, era un robot muy inteligente. No le habrá resultado demasiado difícil, Tony.

—¿Sin dinero? ¿Sin documentación? Para obtener lo segundo, es preciso disponer de lo primero en abundancia, ya que es lógico pensar que Fred haya pensado en una documentación falsa. Pero se fue sin un solo céntimo.

—Estoy de acuerdo con usted, pero, de momento, creo que nos interesa saber más dónde está ubicada la parcela 4040-3715.

—En eso tiene razón. ¿Nos vamos?

Venus arrojó una mirada al cadáver.

—Pobre hombre —musitó.

—Trabajó lealmente para mí —dije—. Alguien pagará cara su muerte.

Avisamos a la policía, por supuesto. Declaré que le había encomendado una investigación comercial, pero que no tenía la menor idea de quién podía haberle dado muerte.

¿De qué me habría servido delatar a Alström? Sin pruebas, mi acusación hubiera resultado inútil.

Luego, Venus y yo nos separamos. Me acosté bastante tarde aquella noche.

Durante el sueño, mi mente no descansó, sin embargo. Al despertar, encontré la solución para uno de los dos misterios que tanto nos interesaba resolver.

Lo primero que hice fue asearme. No quise entretenerme en desayunar; tenía demasiada prisa para perder tanto tiempo. Me limité a disolver una tableta de café instantáneo en una taza de agua caliente y a tomarme la infusión.

Momentos después, estaba en la calle. Ya sabía adonde quería ir, así que no me costó demasiado encontrar el lugar de mi destino.

Era una oficina. En la puerta había un rótulo:

EMPLEOS. COLOCACIONES

Se admite personal técnico para

las explotaciones mineras

de Venus.

Abrí la puerta. Una pizpireta secretaria dictaba algo a una máquina de escritura automática. Al verme, suspendió el dictado y la máquina dejó de teclear.

—¿Diga? —murmuró con aire aburrido.

—Estoy buscando a un amigo —manifesté.

—Creí que buscaría colocación —dijo la chica.

Me senté con aire desenvuelto en un ángulo de la mesa.

—Quiero saber si mi amigo ha ido a Venus y cómo le va allí. En

tal caso, tal vez solicite yo un empleo. Después de que él me diga cómo están las cosas por aquellos andurriales, claro.

—El sueldo es bueno —contestó ella.

—Lo sé, pero, a veces, un buen sueldo no compensa... Por cierto —agregué descuidadamente—, no se me ocurrió comprarle unos bombones.

Saqué un rollo de billetes.

—Espero que sabrá perdonarme, ¿verdad?

La chica sonrió y se arregló el escote de la blusa. Lo que había al otro lado parecía muy atractivo.

—¿Cómo se llama su amigo?

—Fred.

—Fred, ¿qué?

—Pues ahí está el caso —respondí —. Éramos muy amigos, pero yo sólo sé de él su nombre... y él sólo sabe que yo me llamo Tony. Era alto, buen tipo, ojos castaños, pelo oscuro, pero no negro...

La secretaria se mordió los labios.

—Fred —murmuró—. ¿Cuánto tiempo hace que tomó la colocación?

—Cinco semanas, tal vez seis —respondí, dejando junto a la máquina, en un rollito, tres billetes de alta denominación—. Cómprese bombones, guapa.

Ella se esponjó y ensanchó aún más el escote. Luego presionó una serie de botones, mientras decía:

—Consultaré el archivo automático.

Brillaron unas lamparitas. Se oyeron los «criks» de unos distantes engranajes y, al fin, en una tira rectangular de buen tamaño, iluminada, aparecieron una serie de letras y números.

—Aquí está —dijo ella, complacida—. Fred Smith, parcela 4040-3715. ¿Suficiente?

—Bueno, en cierto modo —contesté—. ¿Qué diablos hay en esa parcela?

Ella lanzó una segunda ojeada al indicador.

—Esas cifras corresponden a las explotaciones demarcadas por la Sociedad Minera de Venus —contestó.

—Gracias, preciosa. —Me incliné hacia ella y la besé en los labios. La secretaria se entusiasmó tanto, que me echó los brazos al cuello y apretó con todas sus fuerzas.

Así nos encontró Venus.

—¡Oh! —gritó, al vernos.

Me separé a toda velocidad. La secretaria se puso del color de las guindas maduras.

Yo me puse en pie de un salto.

—Je, qué sorpresa —contestó ella encaradamente—. ¿A qué ha venido aquí, Tony?

—¿Es su mujer? —preguntó la chica, aterrada.

—¡Qué más quisiera él! —bufó Venus despectivamente—. Escuche, señorita, vengo a que me diga...

—Lo que esta muchacha le va a decir, lo sé yo —interrumpí a Venus—. Vámonos.

Y antes de que Venus pudiera protestar, la agarré por un brazo y salimos al pasillo.

—¡Es usted un fresco! —me apostrofó violentamente—. ¡Dedicarse al devaneo a las nueve de la mañana!

—Cualquier hora es buena cuando se tienen a mano unos labios frescos y jugosos. Además, ¿qué diablos le importa a usted, si se va a casar con otro?

Venus parpadeó, asombrada por mi respuesta. Antes de que pudiera continuar, agregué:

—Por otra parte, ese beso formaba parte de mi trabajo.

—¡Agradable trabajo! —dijo Venus, todavía irritada—. Le creía a usted más… más morigerado.

—No tengo vocación de monje —refunfuñé—. Pero esto nos desvía de la cuestión. El caso es que ya sé dónde está Fred.

—Sí, empleado en la S. M. V, He averiguado que la parcela 4040-3517 pertenece a esa cuadrilla de bandidos. Debió de ir allí en una de las astronaves que llevan material, provisiones y empleados.

—Exactamente —concordé—. Ni la S. M. V. ni la empresa de su padre hacen preguntas a quienes piden una colocación en sus explotaciones mineras. Únicamente se cercioran, y para esto basta con una ojeada, de que el sujeto goza de buena salud, y de que entiende del oficio que va a desempeñar.

—Sí, y Fred habrá superado con éxito el examen técnico que, por otra parte, no es muy profundo. Bueno —suspiró ella—, es hora de que emprendamos el viaje.

—Me parece muy bien. ¿Cuándo parte usted?

Venus me dirigió una mirada penetrante.

—Los dos saldremos al mismo tiempo —dijo.

—¿Cómo? —exclamé.

—Ya están alistando mi astroyate. Vamos al espaciopuerto; cuando lleguemos, estará todo listo.

—Un momento, un momento —dije—. Yo no tengo ganas de contemplar durante dos semanas los arrumacos de una pareja de enamorados. Vaya usted en el astroyate con ese asno presuntuoso de Buly; yo sacaré pasaje en una nave de pasajeros.

—No sea estúpido, Tony. Iremos usted y yo solos —contestó ella.

No pude contener un gesto de sorpresa.

—¿Y qué dirá Buly? —pregunté.

—Soy yo la que se va a casar con él, así que no se preocupe por sus opiniones. ¿Viene o…?

Hice un gesto de resignación.

—No me queda otro remedio —contesté, echando a andar hacia el ascensor.

CAPÍTULO X

En el camino, Venus se detuvo para hablar con Buly.

—Quiero decirle que estaré ausente unas semanas —manifestó.

—Salúdele de mi parte —dije sarcásticamente.

Ella no contestó y se dirigió hacia una cabina visofónica, mientras yo pedía un sólido desayuno en el mostrador de la cafetería en que habíamos entrado para que Venus pudiera comunicarse con aquel pedantuelo, que tan atragantado tenía yo.

Cuando terminó, aún me hallaba yo a mitad de mi desayuno. Venus protestó.

Empezaba a conocerla. Le di la respuesta adecuada:

—Yo no soy su prometido —respondí—. Tengo hambre y no me iré hasta que no haya terminado.

—¿Qué tiene que ver Buly con su apetito?

—Muy sencillo: él hubiera dejado todo por orbitar servilmente a su alrededor. Yo soy su empleado, es cierto, pero no su esclavo. ¿Por qué no se sienta y pide algo de comer?

—No tengo ganas —respondió ella desabridamente.

Con toda deliberación, alargué el desayuno. Me divertí muchísimo viendo la cara de impaciencia que ponía.

Por fin, acabé con el desayuno y sus nervios.

—Ya está —dije, acariciándome el estómago con gesto de placer —. Me moría de hambre, créame.

—Es una lástima que sólo hable en metáfora —respondió Venus, encaminándose hacia la puerta con paso vivo.

La seguí, sonriendo. Luego pensé que dos semanas, los dos solos en su astroyate, no iban a tener nada de agradables.

Pero ya no podía hacer nada para echarme atrás. Media hora más

tarde, llegábamos al espaciopuerto.

El yate de Venus era un galgo del espacio: largo, de líneas finísimas y con unos motores potentísimos., lo cual, en relación con su peso, le proporcionaba una velocidad muy superior a la de las astronaves de línea.

El astroyate se hallaba estacionado en un extremo del espaciopuerto. Venus detuvo el helichorro que nos había transportado hasta allí y caminó resueltamente hacia la torre del ascensor, que nos llevaría a la escotilla de acceso al aparato.

Momentos después, cruzábamos el puente que unía la torre con el aparato. Un hombre nos saludó desde la entrada.

—¡Todo en orden, señorita Venus!

—Gracias, Mike —contestó ella.

Venus cruzó el umbral. Yo lo hice a continuación. Entonces fue cuando vimos a Coratti y sus dos matones.

Venus volvió los ojos hacia el técnico.

—Lo siento, señorita —manifestó el hombre con cara afligida—. Ellos me obligaron a fingir…

—No se preocupe, Mike; la culpa no es suya —contestó Venus.

—Es nuestra, claro —declaró Coratti desvergonzadamente—. Pasen, por favor —invitó con acento de burla.

Las pistolas que sostenían Buck y Dyrtle no predisponían al heroísmo. Venus miró a Coratti con expresión colérica.

—Alguien pagará cara la muerte de Horton —dijo.

—Él se lo buscó. No quiso hablar desde el principio…

—Ustedes lo habrían asesinado igualmente.

Coratti se encogió de hombros.

—Dejémonos de especulaciones —contestó—. Vayamos al grano.

Buck y Dyrtle empuñaban sendas pistolas neurónicas. Cada vez que las miraba, sentía frío porque me acordaba del pobre Horton.

—Bien —dijo Venus—. Hable.

—Ustedes van a... al planeta de su nombre —sonrió Coratti—. Es inútil perder el tiempo en circunloquios; todos sabemos lo que queremos. Nosotros iremos con ustedes también. Eso es todo.

—No lo entiendo —tercié—. Si conocen a Fred, ¿por qué no van en otra nave?

—Porque es un robot muy astuto y es posible que se haya cambiado la cara —contestó Coratti.

Yo me pasé una mano por la mía.

—¡Idiota! —masculle entre dientes.

—¿Qué dice usted, ingeniero? —preguntó el rufián.

—Nada —respondí. En la explotación minera había un completísimo puesto de socorro. Bastaría utilizar los rayos X para encontrar inmediatamente a Fred, por mucho que hubiese variado su apariencia... cosa que no era cierta, según se desprendía de la información que me había facilitado la secretaria de la agencia de empleos.

—Bueno, bueno —gruñó Coratti—. En la nave hay espacio suficiente. Les acomodaremos a cada uno en sus camarotes individuales y, recuerden, siempre habrá uno de nosotros armado y en constante vigilancia.

—No lo dudo —dijo Venus—. Supongo que, por lo menos, habrán tenido la delicadeza de dejarme mi propio camarote.

—No faltaría más —sonrió Coratti galantemente—. Buck, acompaña a la dama.

—Bien, jefe.

—¿Y yo? —protestó Mike—. No tenía intención de ir a Venus...

—El viaje es gratis. ¡Andando!

—¡Mi familia...!

—Le pondremos un espaciograma —tronó Coratti—. ¡Al calabozo con él, Dirtie!

—Vamos, tú —gruñó el otro esbirro, llevándose al mecánico.

Coratti y yo quedamos solos frente a frente. El sujeto sonreía burlonamente.

—Al fin hemos ganado la partida, ingeniero —dijo.

—Todavía no se ha efectuado la última jugada —contesté.

—Está ya en jaque mate —manifestó Coratti con suficiencia.

—¿Lo cree así?

—¿Es que no lo está viendo con sus propios ojos?

—Sólo es una jugada perdida, pero no la última, repito. Y si hubiesen ganado la partida, como dice, ¿a qué viene esto de retenernos prisioneros hasta Venus?

—Se lo confesaré, ingeniero —sonrió Coratti—. Aunque no lo crea, usted me ha caído simpático. ¡No sabe de qué buena gana hubiera filmado los dos golpes que le atizó a Alström!

—Está a su servicio. La U.M., quiero decir, el señor Worm-Greeg, pagaría una fortuna por tenerle a sus órdenes.

Coratti movió el índice izquierdo en sentido negativo.

—Soy leal a mis pactos —contestó—. A usted también le propusimos un negocio y, entre otras razones, dijo que no le interesaba porque el dinero, en pasando de determinada cantidad, carecía de alicientes para usted. A mí me pasa lo mismo. Si ahora me gano, por ejemplo, un par de millones, ¿conseguiré mucho más con diez?

—Una filosofía muy peculiar en un profesional del asesinato, pero aún no me ha explicado por qué nos retiene prisioneros.

—Le diré, ingeniero. A Mike O'Connaught, porque estaba aquí y no le íbamos a dejar salir. A la señorita Venus, porque me sirve de rehén. Y, en fin, a usted, porque le considero muy astuto y temo que haya grabado en su robot la orden de no obedecer más que sus mandatos. ¿Lo comprende ahora?

—Perfectamente —respondí.

—Si encontramos a Fred, cosa de la cual no dudo, usted le hará

venirse con nosotros. Y si se niega a obedecer... bien, no querrá que le suceda nada a Venus Worm-Greeg, ¿verdad?

—Un razonamiento! muy lógico, pero observo que aquí falta gente —contesté.

—Oh, viajan ya hacia Venus en otro astroyate. No se preocupe por ellos, ingeniero. Ahora, por favor, venga conmigo.

Segundos más tarde, estaba encerrado en mi camarote.

Una pregunta acudió a mi mente casi de inmediato. Al decir que faltaba gente, yo me refería a Alström, de quien suponía debía viajar en compañía de sus matones. Coratti me había dado la respuesta, pero hablando en plural.

¿Quiénes más iban con Alström?

Frankirschen, el presidente de la S.M.V., me dije a poco. No podía ser otro.

* * *

Hacíamos las comidas juntos, aunque por tumos. Primero comían los Coratti y sus matones. Luego nos reunían a Venus, a Mike y a mí en el comedor, lo cual ocurría tres veces al día.

El astroyate estaba en órbita y había terminado ya el período de aceleración. Ahora, con la órbita prefijada y en constante funcionamiento el corrector automático de rumbos, la nave volaba raudamente hacia el segundo de los planetas de nuestro sistema solar, con seis personas a bordo.

El desayuno y las dos comidas eran los únicos momentos en que nos reuníamos. Venus protestó, pero Coratti no quiso ceder.

Observé que Venus estaba cejijunta durante casi todo el tiempo. En un principio, lo atribuí a disgusto que le causaba nuestra situación.

Buck y Dyrtie nos vigilaban de continuo, pistola en mano, a la semana de nuestra partida, aproximadamente ya a la mitad del camino, oí que Venus, con aspecto preocupado, murmuraba algo entre dientes.

—Fue él... no pudo ser otro... —murmuró.

—¿Decía? —pregunté cortésmente.

—Nada —contestó en tono seco. Y se encerró acto seguido en un absoluto mutismo, del cual no pude sacarla, pese a todos los esfuerzos que hice.

Mientras orbitábamos por el espacio a velocidades de vértigo, mi mente funcionaba como una olla llena de agua hirviendo y con un ladrillo sobre la tapadera. Un único pensamiento dominaba sobre todos los demás: escapar.

La palabra, en este caso, tiene un significado peculiar. Me refiero a. que yo no hacía más que pensar en la manera de dominar a aquellos rufianes y hacernos con el dominio de la nave. Pero eran tipos que no se descuidaban un solo momento.

Los días continuaron pasando. Ya sólo faltaban tres para el aterrizaje en Venus.

Cuando me sacaron para la comida de aquel día, pregunté a Coratti dónde pensaba aterrizar, sin que se viese que tenían a tres personas secuestradas.

Coratti se echó a reír.

—Oh, no se preocupe. Éste es un viaje privado de la S.M.V. Lo hacen a veces, ¿comprende?

—Pero su obligación es aterrizar en uno de los astropuertos oficiales.

—Las grandes compañías tienen bula —contestó—. Aterrizaremos en un lugar donde nadie pueda meter las narices.

—Perteneciente, por supuesto, a la S.M.V.

—Usted lo ha dicho, ingeniero. Por favor —extendió la mano con gesto cortés—, la comida se le enfría.

Venus estaba frente a mí. La miré. Ella me correspondió, pero no hallé en su expresión nada que pudiera ayudarme a solucionar nuestro problema.

A medio comer, se me ocurrió una idea que tal vez podía resultar viable. Me pregunté cómo no lo había pensado antes.

«Bueno, me dije, probar no cuesta nada».

Deliberadamente, comí con más lentitud que nunca. Venus y Mike terminaron su postre, cuando yo andaba aún por el segundo plato.

Coratti se llevó a Venus esta vez. Dyrtle empujó a Mike hacia su camarote.

Entonces, dejé la servilleta sobre la mesa y me puse en pie.

—Ya he terminado —dije.

Buck movió su pistola.

—Al camarote.

Eché a andar. Procuré que mi cara no traicionase el nerviosismo que sentía.

Llegamos junto a la puerta de mi camarote. Como todas, se abría hacia afuera.

Hurgué en mis bolsillos y me puse un pitillo en la boca. Buck soltó un gruñido de impaciencia.

—Vamos, entre —rezongó el forajido.

Crucé el umbral. Buck tenía que cerrar a continuación y echar la llave.

Miré por encima del hombro. Cuando la puerta llegaba ya a unos cinco centímetros del marco, sin moverme de mi posición, vuelto de espaldas, proyecté el pie hacia atrás con toda mi fuerza.

Fue una coz magnífica. Buck recibió el impacto de la puerta metálica en mitad de las narices, gritó y cayó sentado al suelo.

Salté fuera de mi camarote. Buck levantó su pistola neurónica hacia mí, pero había perdido la iniciativa.

Mi pie le golpeó la mandíbula sin compasión. Escuché un crujido de huesos rotos, sonó un rugido, de dolor y Buck cayó de espaldas sin sentido.

Inmediatamente, me agaché y recogí la pistola. En aquel instante, atraído por el primer grito de Buck, Dyrtle apareció en el otro extremo del corredor.

CAPÍTULO XI

Dyrtle estaba armado, por supuesto. Pero yo ya tenía en mi mano la pistola de Buck.

Disparé una fracción de segundo antes que el matón. Sonó un agudo chasquido, seguido de un estremecedor alarido de dolor.

Dyrtle se contorsionó horriblemente unos segundos antes de desplomarse al suelo, con los miembros espantosamente contraídos. Su sistema nervioso había quedado destruido por la descarga.

Corrí hacia el final del pasillo. Algo que centelleaba pasó por mi lado. Sentí en mi brazo derecho un vivo hormigueo; la descarga neurónica había pasado a un centímetro del miembro.

—¡Coratti! —grité.

—¿Qué desea, ingeniero? —preguntó el asesino.

—Sus dos rufianes están fuera de combate. Yo dispongo de un arma.

—También yo. Y le mataré...

—Bien, ¿qué hará entonces con Fred?

Hubo un momento de silencio. Coratti estaba a menos de seis metros de mí, en la entrada de la cabina de mando.

—De modo que Fred sólo obedece sus órdenes, ¿eh? —dijo.

—Así es —mentí descaradamente.

—Muy bien. En tal caso, me rindo. ¿Para qué correr un riesgo, si no he de conseguir nada, aunque ganase? Porque usted no piensa entregarse ya, ¿verdad?

—En efecto, Coratti.

—Bien, dejaré caer la pistola al suelo. Salga cuando quiera, ingeniero.

Escuché el ruido del arma al tocar el pavimento del corredor. El

astroyate disponía de gravedad artificial, aunque no alcanzaba el módulo terrestre. Por tanto, la pistola tardó algo más de lo ordinario en tocar el suelo.

Asomé la cabeza. Coratti se inclinaba en aquel instante hacia el arma.

Me acordé de Horton al disparar. Coratti emitió un alarido horripilante cuando la descarga neurónica le alcanzó de lleno.

Yo sudaba. Pese a sus manifestaciones, Coratti no hubiese dudado en matarme. El momento había resultado de gran tensión para mis nervios.

Saqué un pañuelo y me lo pasé por la frente. Escuché un gemido de dolor.

Buck empezaba a recobrar el conocimiento. Corrí hacia él y le quité le llave.

Momentos después, Venus y Mike estaban libres.

—¡Tony! —exclamó ella, atónita—. ¿Qué ha hecho usted?

—Actuar a la desesperada —respondí—. Coratti y Dyrtle han muerto.

Ella me miró con admiración no disimulada. Mike me palmeó las espaldas.

—¡Bravo, ingeniero!

—Tiene usted una cara desastrosa, Tony —dijo Venus—. Vamos al comedor; le daré una copa.

—Verdaderamente, la estoy necesitando —dije con voz desfallecida.

—Yo me encargaré de esos pajarracos —manifestó Mike.

—Buck está vivo todavía —declaré, mientras seguía a la muchacha.

—Ésa es la lástima —gruñó el técnico.

Llegamos al comedor. Me senté; las piernas se negaban a sostenerme.

Necesité dos copas antes de sentirme un poco mejor.

—Lo lamento —me excusé—. Es la primera vez que me ocurre algo semejante.

—Claro —dijo ella con simpatía.

—Coratti y Dyrtle eran dos rufianes. No es agradable, pese a todo, saber que se ha dado muerte a dos personas.

—Ellos querían matarle a usted. Y recuerde a Horton.

Asentí pesadamente y llené la tercera copa. Venus retiró la botella.

—Ya está bien. No beba más o rodará bajo la mesa.

Esperé todavía unos momentos. Al cabo de un rato, me sentí casi completamente bien.

—¿Cuáles son sus planes, Venus? —pregunté—. Es decir, si me permite seguir llamándola por su nombre.

—Desde luego. ¿Por qué no iba a hacerlo, Tony?

—Una vez me lo prohibió...

Venus se sonrojó ligeramente.

—Aquello ya pasó, Tony —contestó—. ¿Mis planes, ha dicho? Bien, la verdad es que no sé qué hacer —confesó.

—Coratti habló de que Alström y otro, u otros, nos habían precedido. Su ventaja, sin embargo, no debe de ser excesiva.

—Si no temiese a ser tachada de exagerada, diría que sólo son metros, Tony.

—¿Tan escasa es? —pregunté.

—Cuente la delantera que haya podido sacamos un cohete que despegó sólo minutos antes que nosotros. El astroyate de Frankirschen, que es el que han debido de usar, es de la misma dase del nuestro. Tanto el de aquella nave como ésta, tienen un límite de velocidad. Nosotros lo hemos alcanzado, saque ahora sus propias deducciones.

—Es verdad —dije, acariciándome el mentón—. Unos pocos miles de kilómetros… pero que pueden resultar decisivos.

—Alström conoce a Fred, ¿no es cierto?

—Sí.

Venus hizo un gesto de disgusto.

—Si llegan antes que nosotros, podemos dar la partida por perdida.

—Hay tribunales…

—¿De qué le servirían? ¿Patentó usted a Fred? ¿Lo registró como una máquina inventada por usted y propiedad suya?

Me quedé perplejo.

—No —respondí.

Venus elevó sus brazos al cielo.

—¡Hombre de Dios! ¿Por qué no lo hizo? —me reprochó.

—Bueno, quizá fui un poco egoísta y me conformé con tener a Fred exclusivamente para mí —confesé.

—Podía haberse hecho millonario…

—¡Y dale con el dinero! —dije malhumoradamente—. ¿Es que en este mundo no hay otras cosas mejores?

—La humanidad podría haber recibido grandes beneficios de haber contado con miles de robots idénticos a Fred —arguyó ella.

—A fin de cuentas, sólo ha pasado un año desde que quedó en su forma actual que es la más perfecta, que yo sepa —contesté—. Así que el retraso no es tanto y…

Me interrumpí un instante.

—¿Por qué no sigue? —preguntó Venus.

—¿Pensaban ustedes en la Humanidad al comprarme a Fred? —repliqué agudamente—. De momento, sólo querían construir unos cientos de robots para sus explotaciones de bauxita venusina, pero no

dijeron nada de montar una gran fábrica y servir robots a todo el que quisiera comprar uno.

—De momento, construiremos los necesarios para activar la producción de aluminio y poder emplear este metal en los robots que se construyan sucesivamente. Luego se pondrán a la venta pública.

—Siendo así, ya es otra cosa.

Mike llegó en aquel momento.

—Los dos cadáveres están fuera de la nave —informó.

—¿Y Buck?

—Hecho polvo, claro —rio el técnico.

—Le he roto la mandíbula, creo.

—No. Sólo tiene el mentón hinchado y el maxilar resentido. Ahora está encerrado bajo siete llaves.

—Muy bien —dijo Venus—. Entonces, usted, Mike…

—Un momento —la interrumpí, levantando la mano derecha.

—¿Qué quiere, Tony? —preguntó ella.

Me puse en pie.

—Venus, yo no soy el otro —contesté—. Yo no tengo necesidad de balar «sí» cada vez que usted abre la boca para hablar. La nave podrá ser suya, pero el objetivo sigue perteneciéndome.

Mike parecía divertirse muchísimo con la cara de asombro que ponía la muchacha,

Continué:

—El plan de ataque se llevará a cabo de acuerdo con mis indicaciones. O nos volveremos a la Tierra y mal rayo parta a Fred y a todos los robots.

—Vaya —exclamó Venus, atónita—, me deja usted de una pieza, Tony.

—Ya le he dicho que yo no soy el otro. ¿Sabe a quién me refiero?

—Demasiado, Tony.

—Entonces, no se hable más. Mike, en lo sucesivo, sólo obedecerá mis órdenes.

El mecánico se llevó una mano a la sien.

—Sí capitán —respondió, mirando a Venus irónicamente.

Ella se sonrojó.

—Esté bien, usted gana, Tony. Dé a Mike su primera orden.

—Desde luego. Mike, por favor, ponga el radar en funcionamiento.

—Bien, señor.

Mike desapareció en dirección a la cabina de mandos. Yo me acerqué al aparador.

—Voy a tomar otra copa —dije, desafiador.

Venus sonrió enigmáticamente.

—Está bien, haga lo que quiera…, capitán —respondió.

Después de beberme la copa, fui a la cabina de mandos. Mike estaba inclinado sobre la pantalla de radar.

Ya teníamos Venus a la vista. Era como la Luna vista, aproximadamente, a doble distancia de la normal. Pero su tamaño crecía casi a ojos vistas.

Un punto brillante chispeó de pronto en la pantalla.

—¡Contacto! —exclamó Mike.

—¿Qué distancia?

—Ciento setenta y cinco mil kilómetros, señor.

Venus miraba por encima de mi hombro.

—¿Vamos a la velocidad máxima, Mike?

—Sí, señorita…, es decir, nos hallamos ya en el período de deceleración.

—Mike —pregunté—, si fuésemos a la velocidad de órbita normal, ¿cuánto tiempo tardaríamos en alcanzar a esa astronave?

—Oh, sería preciso contar el tiempo de reaceleración y luego... Bueno, una vez alcanzada de nuevo la velocidad máxima, las órbitas quedarían equiparadas en una hora, como máximo.

—Es decir, en las actuales circunstancias, no podemos darles alcance.

—Absolutamente, no, señor.

—Muy bien, Mike. En tal caso, acelere de nuevo —ordené con voz firme.

Venus respingó.

—Después tendremos que decelerar con gran rapidez. Y no hablemos del consumo de combustible.

—¿Tan pobre es la U.M.? —dije sarcásticamente.

—No es eso —contestó ella—, sino que difícilmente nos quedaría en tal caso para la vuelta.

—No se preocupe por el regreso —manifesté—. Haga lo que le he ordenado, Mike.

El técnico se encogió de hombros.

—Cuando deceleremos, vamos a sudar la gota gorda —dijo lúgubremente.

—En tal caso, conectaremos la refrigeración a toda potencia —concluí de modo tajante.

CAPÍTULO XII

Los chorros de freno se apagaron segundos después.

Casi en el acto, entraron en acción los chorros propulsores. El movimiento de avance se hizo fácilmente perceptible.

—Convendría que se sentaran en los sillones y que se sujetaran bien —indicó Mike.

—De acuerdo.

Venus se sentó a mi izquierda. A través del gran ventanal de la proa, podíamos ver el fabuloso espectáculo del firmamento, con millares de luces de todos los colores colgadas en la negra noche sin término.

Venus brillaba esplendorosamente delante de nosotros, Momentos después, pudimos damos cuenta de que su tamaño había aumentado de manera apreciable.

—La distancia se reduce —informó Mike.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Ciento cincuenta y ocho mil.

—Magnífico. Continúe pisando el acelerador.

La fuerza de aceleración nos empujaba hacia los sillones. Detrás de nosotros, a ochenta metros, rugían silenciosamente los chorros, devorando tonelada tras tonelada de combustible.

—Ciento cincuenta mil —anunció Mike minutos después.

Hice un esfuerzo y alargué el cuello.

La aguja indicadora de la velocidad se movía muy lentamente, pero sin interrupción. El contador de kilómetros marcaba cifra tras cifra, siempre positivamente.

Cuarenta minutos más tarde, Mike anunció que la distancia se había reducido a ciento tres mil kilómetros.

—Cortaré los chorros —dijo—. A la velocidad que vamos, les alcanzaremos dentro de cincuenta minutos.

Movió una palanca. La presión cesó.

—Pero no se suelten todavía —indicó Mike.

—Hay una pantalla de televisión, con objetivo telescópico —sugirió Venus.

—De acuerdo —contestó nuestro piloto.

La pantalla estaba frente a nosotros. Mike graduó los mandos, hasta que, un minuto después, pudimos ver en el centro de la pantalla la imagen de un cohete que se desplazaba a toda velocidad por el espacio.

—Ese cacharro corre demasiado —dije.

Mike consultó el radar.

—Es cierto —convino—. Parece que se han dado cuenta de nuestra presencia y quieren adelantarnos.

—¿Llegarán antes que nosotros?

Mike hizo un gesto de duda.

—Por el momento, no puedo contestar —declaró.

Esperamos. Teníamos los nervios tensos.

—¿No puede darle un empujoncito más? —pregunté.

—Saltaremos por la proa cuando haga funcionar los chorros de freno —contestó el piloto.

—Nos agarraremos a los brazos del sillón —dijo Venus con voz resuelta—. ¡Adelante, Mike!

De nuevo sentimos aquella irresistible presión que nos hundía en los sillones. Esta vez, sin embargo, duró menos.

Mike cortó los chorros exactamente dos minutos después.

—Es más que suficiente —declaró—. Ellos han empezado a acelerar demasiado tarde y, al hallarse más cerca de Venus, no pueden

mantener su ritmo de distanciamiento durante tanto tiempo.

El tamaño del astroyate de Alström se había hecho mayor.

Cincuenta minutos más tarde, podíamos divisarlo a ojo desnudo.

—Ahí está ese traidor —dijo Venus con acento de furor reprimido.

—¿A quién se refiere? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza.

—No importa ahora —contestó evasivamente.

Llegamos a situamos a la altura del astroyate de Alström. La distancia que nos separaba de él era de sólo unos pocos miles de metros.

Durante algunos segundos, pareció que navegábamos en reserva. Luego, lenta pero inexorablemente, empezamos a sacarles ventaja.

Diez minutos más tarde, contemplábamos el aparato a través de la pantalla de televisión, pero utilizando un objetivo posterior.

—Deben de estar mordiéndose las uñas —dijo Mike jovialmente.

De pronto recordé un detalle.

—Mike —pregunté—, ¿cuánto tiempo podría estar sin atarme al sillón?

El piloto meditó un instante.

—Un cuarto de hora, no le doy más tiempo —contestó al cabo.

—Será suficiente —dije. Y me solté las correas.

—¿Adónde va? —preguntó Venus.

—Olvidaba que tenemos un prisionero. Voy a hablar con él.

—Le acompaño, Tony.

—Muy bien, pero no despegue los labios —ordené prohibitivamente.

—Haré lo que usted me mande —aceptó ella con sorprendente

mansedumbre.

Momentos después, abríamos la puerta del camarote donde Buck estaba encerrado. El matón nos miró con muy malos ojos.

—Los otros han muerto —dije, sin más preámbulos—. No querrás seguir su camino, ¿verdad?

Buck miró la pistola neurótica que yo mantenía fija en la mano. Se lamió los labios.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó.

—Sabemos que Alström, con alguno más, se dirige también a Venus...

—Yo no sé nada de eso —refunfuñó el individuo.

Sin hacerle caso, continué:

—Alström tiene un plan, indudablemente. Coratti era un hombre de su confianza y lo sabía. Pero como ha muerto, no puede hablar. Tú lo harás en su lugar.

—Repito que no sé nada —insistió Buck hoscamente.

Por un momento, llegué a pensar que me decía la verdad. Luego reparé en un detalle.

—Es posible que no lo supieras en un principio —admití—. Ahora bien, desde nuestra partida, han transcurrido más de diez días. Mientras nosotros estábamos encerrados, Coratti y vosotros dos tuvisteis tiempo sobrado de charlar de muchas cosas. El aburrimiento empuja a las confidencias, ¿comprendes?

El rostro de Buck se contrajo ligeramente. Sonreí.

Había dado en el blanco.

—Muy bien —añadí—, si no quieres hablar, no lo hagas. Pero... ¿no has notado los acelerones que dio la nave?

Buck se llevó las manos a los costados.

—Casi me matan —gruñó—. ¿Qué diablos hacían?

—Dimos alcance a la nave de Alström y la rebasamos.

Naturalmente, estamos llegando a Venus con un exceso de velocidad, que se traducirá en una deceleración brutal. Incluso estando atados a los sillones, no lo pasaremos muy bien, conque imagínate lo que puede ocurrirte aquí.

El tipo palideció.

Era fácil de comprender el significado de mis palabras. Los camarotes se utilizaban solamente para lo que habían sido construidos: alojamiento y dormitorio. Pero cuando se despegaba o se aterrizaba, resultaba preciso ocupar los sillones antiaceleración,

—¡Demonios! ¡Ustedes no pueden hacer conmigo una cosa semejante! —protestó.

—Habla —dije inflexible.

Yo tenía una mano en la puerta y con la otra sostenía la pistola. Buck me miró un instante y, al fin, con un profundo suspiro, se rindió.

—Está bien. Diré lo que sé, que no es mucho.

—Adelante.

—Llevan un médico a bordo, no sé siquiera cómo se llama. Coratti dijo que el profesor Alström quiere hacer una investigación sobre los organismos de los operarios de la explotación.

—Con rayos X, supongo.

Buck se encogió de hombros.

—Eso creo —contestó.

—¿Qué más detalles puedes darnos? —pregunté.

—Según tengo entendido, reunirán a todos y los harán desfilar por delante del matasanos. Ya no sé más.

—Es suficiente —dijo Venus.

—Cállese —ordené secamente—. ¿Ha olvidado lo que le dije antes?

—Lo siento...

—Buck, ¿dónde se realizará ese reconocimiento? Hay unos

doscientos empleados, ¿no?

—Así parece. Coratti habló de un gran almacén de mineral, pero no dio más detalles.

—Ahora sí es suficiente. Gracias.

Empecé a cerrar la puerta. Buck chilló.

—¡Oiga! ¡Antes dijo que...!

—Cuando llegue el momento, ya vendrás a sentarte —le interrumpí bruscamente. Di media vuelta a la llave y sus gritos dejaron de oírse.

Venus y yo nos miramos.

—Es una buena idea —dije.

Ella estaba muy seria. Tenía los labios juntos y se los señaló con un dedo.

—Puede despegarlos —permití.

—Gracias, capitán —contestó ella irónicamente—. Se ha vuelto muy mandón en los últimos tiempos.

—A usted le hacía falta una pequeña dosis de obediencia —contesté.

—Sé obedecer cuando es necesario —replicó ella, picada.

—Lo malo es que no sabe cuándo es necesario obedecer. Es usted muy hermosa, pero tiene un gravísimo defecto.

—Mi fortuna.

—Eso es lo de menos. Resulta poco femenina,

—¡Qué! —chilló Venus—. ¿Yo, poco femenina? ¿Acaso parezco un espantapájaros?

—La figura física tiene poco que ver en este caso —respondí—. Son sus acciones las que hacen olvidar muchas veces que es una mujer.

—A ver, explíqueme —pidió, desafiante.

—No lo entendería —dije, pasando por su lado. Y dejándola con la palabra en la boca, me encaminé a la cabina de mando.

* * *

Hasta que el astroyate hubo penetrado en las capas inferiores de la atmósfera venusina, pasamos las agonías del infierno.

Mil veces creímos morir, sujetos a las inenarrables torturas de la deceleración. Cuando aquel suplicio terminó, me prometí a mí mismo formalmente no realizar otro viaje espacial que el de vuelta a la Tierra.

Venus perdió el conocimiento. Tardó bastante en recobrarlo y para ello tuve que esforzarme lo indecible. Mike sacó las alas para volar primero a velocidades supersónicas y luego subsónicas y ello me permitió moverme con cierta facilidad por el interior de la nave.

CAPÍTULO XIII

Un poco de agua fría por la cara y unos sorbos de coñac, volvieron a la vida a Venus. Mike, jadeante y casi sin aliento, me pidió un trago. A Buck le di otro.

Así repuestos, empezamos a estudiar el plan de ataque.

Entonces fue cuando se levantó la tormenta de arena.

La tradición exige que se describa a Venus como un planeta pantanoso, con selvas exuberantes y reptiles de fabulosas figuras. En efecto, hay regiones donde las selvas son impenetrables, en el sentido estrictamente literal de la palabra, pero también hay comarcas desérticas, comparadas con las cuales cualquier famoso desierto terrestre es un vergel.

La explotación minera de la S.M.V. se hallaba en los linderos de uno de esos desiertos. Vientos de doscientos y más kilómetros a la hora sacudían nuestra nave como una pluma.

El radar, sin embargo, penetraba a través de la tormenta de arena, que alcanzaba decenas de kilómetros de altura. Ello nos permitía detectar los accidentes del terreno que podían resultamos interesantes.

—Mike —dije de pronto.

—Sí, señor.

—Vuele contra el viento.

—Bien, como usted diga.

El piloto orientó la nave. Al cabo de largos minutos, la pantalla de radar señaló la presencia de masas metálicas.

Al mismo tiempo, notamos una patente disminución en la fuerza del viento. El ambiente se aclaró asimismo bastante, aunque todavía nos resultaba imposible divisar el suelo.

—¿A qué altura nos encontramos, Mike? —pregunté.

—Doce mil quinientos metros, señor.

—Bien. Creo que esta nave dispone de paracaídas para casos de urgencia a cotas subatmosféricas, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—No se hable más —decreté tajantemente—. A ponerse todo el mundo los paracaídas.

Venus se puso en pie.

—Sería interesante saber lo que se propone, ingeniero.

Levanté las cejas con gesto impertinente.

—¿Ha olvidado mi nombre? —pregunté.

—¡Oh, es usted insufrible! —exclamó ella, saliendo precipitadamente de la cabina de mando.

Mike soltó una risita.

—¿Qué hago yo, capitán?

—Cuando nosotros tres nos hayamos puesto los paracaídas, Venus tomará los mandos. Viraremos en redondo y a poca distancia de la explotación minera, saltaremos al espacio. La nave se estrellará contra el suelo y...

—Saltar en paracaídas no me gusta —dijo Buck hoscamente.

—Bueno, quédate en la nave —conteste con indiferencia.

—¿Dónde está el paracaídas? —masculló el rufián, tras la gruesa interjección.

Además de los paracaídas, hice aprestar un poco de agua y comida, aparte de las armas individuales. Por supuesto, Buck no saltaría armado.

Nos ajustamos las máscaras. Mike había reducido la velocidad del cohete al mínimo y ya empezaba a entrar en pérdida. Momentos después, saltábamos desde unos doce mil metros, uno tras otro.

La atmósfera se hallaba aún muy turbia. En pocos segundos, perdimos de vista el astroyate, que ya tomaba una trayectoria inclinada hacia abajo.

Venus no había protestado siquiera; claro que, a fin de cuentas, pagaría la compañía de seguros. Descendimos bastante aprisa en los primeros momentos, hasta que la atmósfera empezó a ser más buena.

Poco más tarde, ponía el pie en el suelo de Venus. Decir que tomaba tierra no parece correcto, aunque bien mirado, el suelo es tierra en cualquier parte. Inmediatamente, puse en acción el automático y los arneses del paracaídas se desprendieron de mi cuerpo, antes de que el viento hubiese tenido tiempo de arrastrarme.

Un paracaidista descendía a doscientos metros de donde yo estaba. Corrí hacia él.

Era Buck. Me vio y se soltó el paracaídas, intentando la huida acto seguido.

Dispararé dos veces por delante de sus piernas. El tipo se paró en seco, a la vez que alzaba las manos,

Mike llegó instantes más tarde. Venus, acaso por ser más ligera corporalmente, se hallaba aún a un centenar de metros del suelo.

Las máscaras que llevábamos no eran estancas, como las escafandras que se usan en el vacío; simplemente, nos proporcionaban aire respirable, debido a los efectos nocivos de la atmósfera venusina. Cada una de ellas tenía acoplada una emisora de radio, a fin de poderse entender con facilidad sin necesidad de quitarse la máscara.

—Mike —ordené, mientras mantenía a Buck inmovilizado—, ayude a la señorita Venus. Vengan luego los dos aquí.

—Bien, señor.

La chica aterrizó segundos más tarde. En colaboración con Mike, se despojó de los atalajes y acto seguido, corrieron los dos hacia mí.

Me volví ligeramente de espaldas a Mike.

—Ahí, en la mochila, tengo un fuerte cordel. Ate a este bigardo de pies y manos.

Buck protestó;

—¿Van a dejarme abandonado aquí?

—No te morirás por estar un día o dos atado —contesté.

—Pero…

Mike le dio un puntapié en el trasero.

—¡Cierra el pico, imbécil!

Momentos después, empujaba a Buck. Atado como un salchichón, el rufián cayó al suelo. Yo me incliné sobre él y desconecté su transmisor individual; así no podría usarlo y, aunque usábamos una frecuencia diferente, cabía que alguien captara sus peticiones de auxilio. Veinticuatro o cuarenta y ocho horas atado no le harían ningún bien, por supuesto, pero tampoco se moriría.

Consulté el mapa que había llevado en mi equipo.

Al cabo de unos momentos, tendí la mano en una dirección.

—Hacia allí —dije, un poco a la izquierda de la enorme humareda que indicaba el lugar donde se había estrellado el astroyate.

—¿A qué distancia está la explotación de la S.M.V.? —preguntó Venus.

—Treinta kilómetros. Llegaremos mañana.

—No sé por qué hemos tenido que saltar tan lejos —se lamentó, mientras, doblando el mapa, yo rompía la marcha en la dirección indicada.

—¿Quería que hubiésemos ido a caer en sus brazos? ¿Es que no tiene el seso suficiente para imaginarse que Alström y Frankirschen deben de tener en e campamento algún compinche de confianza?

—El ingeniero tiene razón, señorita —dijo Mike.

—¡A usted no le he pedido su opinión! —dijo Venus furiosamente —. Y, otra cosa: ¿por qué demonios tuvo que destruir mi astroyate? ¿Sabe el dinero que me costará?

Miré a Mike por encima de la máscara,

—¿Ha visto qué lenguaje? —pregunté.

—Indigno de una dama —calificó el piloto.

—¡Se me ha pegado de usted! —gritó ella.

Alargué la mano y di media vuelta al botón de su radio, desconectándosela.

—Me va a romper los tímpanos —dije.

Se calló, claro, qué remedio.

El suelo era arenoso y no facilitaba precisamente la locomoción. De cuando en cuando, agujas rocosas, de formas fantásticas, surgían en medio de una neblina amarillenta, que difuminaba los contornos de las cosas. Remolinos de polvo de arena se elevaban de cuando en cuando, con tétricos silbidos que no predisponían a elevar el ánimo.

Algunas de las agujas medían cientos de metros. Parecía imposible que pudieran mantenerse en pie. A veces, veíamos largas hileras de aquellas protuberancias rocosas, que se perdían en la neblina, como formaciones militares de un fabuloso ejército petrificado.

Atravesamos un extenso valle, por el que miles de años atrás debió de correr un río caudaloso; cruzamos una cordillera de romas colinas, de no mucha elevación y, a media tarde, tiempo terrestre, busqué un lugar para acampar.

Elegí un pequeño farallón protegido del viento. Mike colaboró conmigo eficazmente, lo mismo que Venus, quien había abandonado su actitud de reticencia.

Los restos del astroyate se hallaban a unos veinte kilómetros del lugar en que nos encontrábamos. Era lógico suponer que el jefe de la explotación minera enviase una patrulla para investigar. No encontrarían restos humanos y supondrían que el fuego había consumido nuestros cuerpos totalmente.

Media hora más tarde, quedó montada la tienda estanca que había llevado con el equipo. Dos botellas de aire a alta presión suministrarían todo el necesario durante la acampada, permitiéndonos ahorrar así el de nuestras máscaras individuales.

Las cuales pudimos quitamos con gran satisfacción al hallamos bajo la tienda. Venus, irritadamente, me preguntó:

—¿Puedo hablar ahora?

—Desde luego. Todo lo que quiera. ¿Qué se le ocurre?

—Tengo hambre.

Mike y yo nos miramos. Mike se echó a reír.

—Cualquiera lo diría —murmuré, contemplándola críticamente—. Echará a perder su línea, engordará…

—No creo que mi silueta le importe a usted mucho —contestó Venus agriamente—. ¿Comemos o no?

—Comemos —respondí.

Venus habló muy poco más después de aquello. Se la veía visiblemente enojada.

Antes de que se hiciera de día, según el cómputo de nuestros relojes, claro, desmontamos el campamento y emprendimos la marcha.

Dos horas después, al remontar una loma arenosa, avistamos el conjunto de edificios de la S.M.V.

Levanté una mano.

—Bueno, ya tenemos el objetivo a la vista —dije.

Venus y Mike se detuvieron a mi lado.

—¿Puedo preguntarle cuál es su plan? —dijo.

—Puede, por más que ya debe figurárselo: rescatar a Fred.

—¿Y Alström?

—Le dejaremos con un palmo de nances.

—No ha ido solo. Y usted mismo ha dicho que debe de tener cómplices en la explotación.

—Por supuesto. Pero yo tengo un as en la manga y lo sacaré oportunamente a relucir.

De pronto, antes de que Venus pudiese formularme más preguntas, Mike dejó escapar una exclamación:

—¡Miren, los obreros se dirigen hacia el barracón donde van a ser examinados por rayos X!

—Eso significa que Alström ya ha llegado —dijo Venus con gran vehemencia.

—Justamente —respondí yo.

CAPÍTULO XIV

Estábamos a quinientos metros escasamente de aquel barracón. De cuando en cuando, fuertes rachas de viento levantaban nubes de polvo amarillento.

Ello, sin embargo, no nos ocultaba totalmente la visión. Esperamos en aquel lugar unos minutos, hasta que vimos que todos los empleados de la S.M.V. habían desaparecido en el interior del edificio.

—¡Ahora! —exclamé, echando a correr por la ladera opuesta hacia abajo.

Venus y Mike me siguieron inmediatamente. Cinco minutos después, llegábamos junto al barracón, que era de enormes dimensiones.

No había nadie afuera. Alström y sus compinches estaban confiados en que habíamos perecido en la destrucción del astroyate. Con grandes precauciones, di la vuelta a la esquina y me asomé al otro lado.

La puerta estaba cerrada, era lógico, puesto que, en el interior del barracón, la atmósfera tenia que ser perfectamente respirable. Caminamos hacia ella y la empujé con la mano izquierda.

Alguien debió darse cuenta de mis esfuerzos, porque la abrió desde dentro. El vigilante de la esclusa se quedó de piedra al verse encañonado por mi pistola.

Crucé el umbral. Venus y Mike me siguieron en el acto.

Mike cerró. Por señas, ordené al vigilante, que tenía puesta la máscara, que restableciese la presión normal.

Así lo hizo. Momentos después, podíamos quitarnos las máscaras.

Aún nos faltaba, sin embargo, cruzar la esclusa interna. Metí la mano en uno de los bolsillos de mi combinación especial para la estancia en el exterior de Venus y saqué algo que enseñé al vigilante. El hombre se puso tieso en el acto.

Venus abrió los ojos de par en par.

—Ese era el as que guardaba en la manga —dijo.

—Exactamente. —Miré al vigilante, quien aún no se había recobrado de su sorpresa—. No intente nada contra nosotros —ordené.

El hombre tragó saliva.

—No, señor.

—Bien, ahora avise de que acaban de llegar tres rezagados.

—Sí, señor.

Llevábamos puestos una especie de cascos flexibles, que sólo dejaban libres el óvalo de la cara. Confié en que ello nos permitiera pasar desapercibidos en el primer momento.

Alguien dio permiso desde el interior. La esclusa se abrió.

Cruzamos el umbral y nos situamos en las últimas filas de empleados. Sobre un estrado de emergencia, Alström, junto al médico y a otro individuo, explicaba a los mineros cuáles eran sus intenciones.

Uno le interrumpió bruscamente.

—Si nos van a sustituir por robots, para qué diablos quieren hacernos un examen médico

Sonaron algunas risas. Yo estaba atónito.

El tercer hombre, que estaba a la derecha de Alström y el médico, era Francis Buly.

Miré a Venus. Ella sonreía complacidamente.

—Así, pues, lo sabía... —mascullé.

Venus me dio un codazo.

—Escuche y calle —me interrumpió.

Alström contestó a las palabras del minero.

—¿Es que se creen que construir un robot es lo mismo que hacer un plato de sopas? Pasarán años antes de que sean sustituidos completamente y, mientras tanto, necesitamos vigilar atentamente su

salud. El doctor Felicien se encargará de esa labor, que se iniciará por un examen radioscópico...

Levanté la mano izquierda.

—Solicito que se me examine el primero —dije fuertemente.

Muchos rostros se volvieron a mirarme. Empecé a andar, mientras los mineros, maquinalmente, me abrían paso.

Venus y Mike me siguieron. La muchacha se quitó el casco y dejó que sus negros cabellos cayeran libremente sobre sus hombros.

Buly se quedó atónito. Alström, no digamos, pero casi en seguida, su expresión de asombro fue sustituida por otra de rabia.

Saqué del bolsillo la placa que había enseñado al vigilante de la esclusa.

—Profesor Alström, he sido nombrado agente especial de la policía interplanetaria —anuncié campanudamente—. En virtud de la autorización que me ha sido conferida, le detengo, acusado de haber ordenado, y quizá ejecutado, el asesinato de Bick Horton.

—¡Eso no es cierto! —chilló el sujeto, lívido como un difunto.

—Tengo un prisionero —contesté tranquilamente—. Un tal Buck, que hablará por salvar su pellejo. Coratti y Dyrtle murieron, y eso no es una engañifa, como lo fue la simulación del accidente que destruyó nuestra nave.

Hubo un momento de silencio. Venus dio un paso y se plantó delante de Buly.

—Francis, me das asco —manifestó en voz alta, para que lo oyera todo el mundo—. Traicionaste mi confianza y fuiste el que, por indicación de ese asesino que tienes al lado, provocó la huelga de la U.M. También avisaste a Coratti de que me dirigía hacia el astropuerto. ¿Vas a negarlo ahora?

Buly estaba terriblemente pálido. Calló, sintiéndose derrotado.

—No, no lo niegas —siguió Venus—. Había llegado a olvidar tu actitud en Marte, porque, en medio de todo, te apreciaba, pero concebiste unos celos ridículos, aparte de que el resentimiento distorsionó tu modo de pensar hacia mí. No podías soportar el hecho

de haber pasado como un cobarde cuando nos perdimos en Marte..., pero, ¿qué otra cosa eres?

Venus sonrió desdeñosamente.

—¿Qué esperabas ganar, colaborando con un asesino? —concluyó.

El rostro de Buly se deformó, a impulsos de la rabia que sentía, Un ramalazo de locura invadió su mente.

Sacó una pistola, Fui más rápido que él.

Buly se desplomó en el acto. Alström retrocedió dos pasos, espantado, con los brazos en alto.

—Mike —dije—, en mi mochila tengo un par de esposas. Colóqueselas a ese asesino.

—Con mucho gusto —respondió el técnico.

Me volví hacia los mineros.

—¿Quién es el director de la explotación? —pregunté.

—Yo, señor —contestó un individuo de mediana edad, avanzando hacia mí—. Me llamo Hawkins, señor.

—La policía no tiene nada contra usted ni contra ninguno de sus hombres —declaré, mientras sacaba el mapa—. Aquí, señalado con una cruz, está indicado el lugar donde se encuentra un hombre atado de pies y manos. Envíe una partida para rescatarlo y tengan en cuenta que es un forajido peligroso y que está sujeto a la acción de la justicia.

—Ahora mismo lo haremos, señor —contesté Hawkins.

—Gracias, director. —Me subí al estrado y grité—: Fred, maldito robot, ¿dónde estás?

Una mano se alzó de entre el espeso grupo de mineros.

—Aquí, señor —contestó Fred.

Hubo una explosión de voces cuando Fred avanzó hacia el estrado. Los mineros se apelotonaban para ver al robot que había convivido con ellos durante semanas, sin que nadie se hubiera percatado de que no era un ser humano.

Fred sonrió.

—Agradezco al señor su llegada en un momento tan oportuno —dijo—. Francamente, empezaba a preocuparme.

—¿Pues y yo? —rezongué—. Me gustaría que fueses una persona: te daría con gusto un par de palos en las costillas.

—Me los tengo bien merecidos, señor —contestó el robot—. Aunque, en medio de todo, —añadió—, mi estancia en Venus ha resultado muy beneficiosa,

—¿Para quién? —pregunté.

El robot miró en tomo suyo.

—¿No podríamos hablar en un lugar menos concurrido? —sugirió.

—Pueden hacerlo en mi despacho —apuntó Hawkins.

—Es una buena idea —convine—. Mike, le nombro mi delegado. Encárguese de Alström y de Buck, éste cuando lo traigan.

—Bien, señor.

* * *

La explicación de Fred resultó breve y sucinta, pero instructiva.

—En cuanto tenía ocasión —dijo—, me quitaba la máscara. Los robots de mi clase resistirían perfectamente la estancia en la atmósfera de Venus. Habrá que hacer algunas modificaciones, teniendo en cuenta los gases nocivos que hay aquí, pero no serán de importancia. En lo que a mí se refiere, no he sufrido apenas daños en mi maquinaria.

—De modo que se vino aquí sólo para eso —dijo

—Sí, señorita —se inclinó el robot.

—¿Y los planos que me dejaste? —pregunté.

Fred sonrió.

—Los había ido preparando durante años, mientras me

perfeccionaba. Preveía que, en un momento u otro, sería preciso construir más robots. Mi existencia es algo que no se podía mantener oculto indefinidamente.

—Sí —convine, suspirando—, así ha sucedido. Pero —recordé de súbito—, ¿cómo desapareciste aquel día, si no te fuiste por la ventana ni por ninguna otra parte?

Me pareció que había una nota mefistofélica en la sonrisa de mi robot.

—Vi a los rufianes desde la ventana, cuando cruzaban la acera. Como me supuse que su visita no iba a ser de cortesía y mis circuitos no tienen grabaciones digamos belicosas, corrí hacia la puerta, mientras usted y la señorita charlaban. Ellos subieron en un ascensor y yo bajé en otro. Me escondí durante algún tiempo, hasta que se me ocurrió la idea de venir a Venus a experimentarme a mí mismo.

—¿Y la comida? —preguntó Venus—. Porque aquí nadie sabía que tú eras un robot…

—Ya pensé en ello antes de tomar el empleo y tuve que arreglarme un saco a modo de estómago, que luego vaciaba en cuanto tenía una oportunidad. ¡Una lástima de comida perdida!

Venus rio argentinamente. Fred nos miró a ambos durante unos segundos.

—Bueno —dijo—, ahora ya saben todo lo mío, de modo que les dejo. Ustedes tienen que hablar de sus cosas y…

Salió antes de que pudiera detenerle. Venus y yo quedamos frente a frente.

—Eso se ha terminado ya —manifesté—. Sólo nos falta volver a la Tierra con Fred…

—Y los prisioneros. ¿Quién le dio esa placa, Tony?

—No soy muy sociable, pero tengo buenos amigos en la policía —contesté—. Creyeron que yo podría hacerlo mejor que ningún otro, dadas las circunstancias.

—Y acertaron, desde luego. ¿Le sorprendió lo de Buly? —preguntó Venus repentinamente.

—Lo que me sorprendía era que, después de lo de Marte, siguiese enamorada de él —declaré.

—La tenía bastante afecto, a pesar de todo, pero cuando entró usted en escena, tomó celos y… bueno, digamos que se desvió.

—Unos celos infundados, por supuesto.

Venus se me acercó. Sonreía extrañamente.

—¿Lo crees así, Tony? —murmuró.

—Tú… usted no está enamorada de mí —rezongué.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Me lo has preguntado, acaso?

—No, pero…

—Bueno, pregúntamelo, porque yo sí sé que tú estás enamorado de mí, mucho antes de que nos conociéramos personalmente.

—¡Ese charlatán de Fred! —exclamé.

—Un robot no puede mentir —dijo ella significativamente.

—Es cierto, pero nuestras relaciones serán solamente de tipo comercial.

—¿Estás seguro? Claro, como dijiste que era poco femenina… ¿Por qué asegurabas una cosa semejante?

—Bueno, está siempre por ahí, corriendo aventuras; le gusta mandar en exceso…

—Y a ti te gusta la vida de hogar: pipa, zapatillas, chimenea, bata, la esposa tejiendo al lado y el perro a tus pies, ¿no es así?

—Más o menos, aunque tampoco pretendo que mi esposa se pase la vida enclaustrada. Hay un correcto término medio que…

—Bien, ingeniero —me interrumpió ella—, puesto que has dicho que me gusta mandar, lo cual, en el fondo es verdad, pero a ti no te gusta demasiado, voy a darte mis dos últimas órdenes.

—Veamos —contesté.

Me echó los brazos al cuello.

—Comprueba prácticamente si soy femenina o no —dijo.

Lo comprobé. Era una mujer de una pieza.

—¿Y la segunda? —pregunté, después de un largo minuto de un silencio harto comprensible.

—¡A construir robots, ingeniero!

—Te equivocas, Venus —dije—. Lo primero que vamos a construir es nuestro hogar. Es mucho más importante, ¿no crees?

Ella sonrió hechiceramente.

—¡Y tan importante! —suspiró, apretándose con fuerza contra mí.

FIN